



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS.

## LA EVOLUCIÓN Y EL DOGMA <sup>(1)</sup>

---

El Rdo. P. Zahm, profesor de la Universidad de Nuestra Señora (Indiana), acaba de publicar un tomo en que resume admirablemente cuanto se ha escrito desde la más remota antigüedad hasta nuestros días acerca de una cuestión que agita por modo singular los entendimientos desde que Darwin la presentó bajo un nuevo aspecto, apoyándola en consideraciones también nuevas.

¿Será la evolución ley general de la vida, ó, por el contrario, habrá que insistir en las creaciones especiales y sucesivas como las entendió y defendió Cuvier, y hasta pocos años hace todo el universo cristiano?

No oculta el P. Zahm su predilección por la primera de ambas soluciones ni su deseo de acordarla con las doctrinas de la Iglesia, por cuyo fiel discípulo y enérgico defensor se tiene. «Lejos, dice, de que se puedan referir la teleología ó teoría de las causas secundarias al panteísmo y al materialismo, ó la evolución al ateísmo y al agnosticismo (2), impó-

---

(1) *Evolution and dogma*, by Rev. J. A. Zahm, C. S. C.—Chicago, 1896, En 4.º, 438 páginas.

(2) El agnosticismo es voz nueva, muy usada por los ingleses; la tomó Huxley de las Actas de los Apóstoles, en donde San Pablo habla de un altar erigido por los atenienses en honor de un dios desconocido.

nese la consecuencia de que con la evolución poseemos una historia del desarrollo de la vida en el globo, más elevada y comprensible que con todas las tesis anteriores; va unida indisolublemente á la revelación y, en su explicación ortodoxa, es un magnífico testimonio, no del dios de los deístas, que entrega el universo á las fuerzas que ha creado, sino de Aquél que, según la Escritura, está por cima de todo y presente en todas partes.» El profesor Fiske (1) ha llegado á decir: «La doctrina de la evolución hace de Dios la fuerza y el refugio nuestros, y de la naturaleza una verdadera revelación».

El sabio profesor, cuyo notable trabajo deseo dar á conocer, prueba con multitud de citas que el concepto de la evolución cósmica ú orgánica no ha nacido en nuestros días, sino que se halla en germen no tan sólo en los filósofos griegos, árabes é indios, sino también en los doctores más ilustres de la Iglesia. Empedocles dice que las formas más elevadas proceden de formas inferiores, Anaximandro, que el hombre debe de provenir de algún animal inferior; Aristóteles, el genio más poderoso acaso que ha existido, que todas las formas que pueblan la tierra, desde el pólipo hasta el hombre, se derivan de gérmenes preexistentes creados por una acción inteligente y eficiente. Nuestro sabio autor compara aquella doctrina con la de San Agustín. Dios, escribe el gran Obispo de Hipona, creó en el origen de los tiempos todas las cosas *in semine, potentialiter*. Desenvolviéronse esas cosas por la acción de causas secundarias, *causales rationes*, durante la inmensidad de los siglos, *per volumina sæculorum*. San Agustín añade, al comentar las palabras del Génesis (2): *que la tierra produce la hierba verde que da la semilla*; que las plantas no fueron creadas directamente, sino que la tierra recibió el poder de producirlas, «*producendi accepisse virtuten*» (3).

Hacia fines del siglo IV, Gregorio de Nicea sostuvo una

(1) *Outlines of Cosmic Philosophy*, tomo II, pág. 416.

(2) Capítulo I, v. II.

(3) *De Genesi ad litteram*, lib. III, cap. IV.

tesis quizás aún más explícita: Dios, decía, en su omnipotencia, creó la materia, dotándola del poder de desarrollar todas las formas de la vida.

Oigamos á Santo Tomás de Aquino: Dios pudo, según enseña el doctor angélico, crear directamente todas las cosas, prescindiendo de toda causa secundaria. Pudo permanecer como causa única y eficiente, mas en su sabiduría infinita, le plugo obrar de otra manera. Al hablar de la creación de los seis días, el gran filósofo de la Edad Media adopta la opinión de San Agustín. *Non ergo productæ sunt plantæ in actu, sed causaliter tantum* (1). Después añadió: *Similiter pisces, aves et animalia in illis sex diebus causaliter et non actualiter producta sunt.*

En campo distinto, Bacon creía en la evolución y transformación de las especies por la acumulación de variedades; Leibnitz decía que llegarían á descubrirse seres que establecieran la transición entre las especies como ley fundamental de la naturaleza; Locke aceptaba la evolución orgánica; Kant, la mutabilidad de las especies por selección, medio y herencia; Buffon, antes de que Lamarck presentase claramente la cuestión, sostenía, según el Sr. Lanessan, la acción del medio, la lucha por la vida y la supervivencia de los mejor dotados; Goethe—genio universal, de quien decía Cuvier que, de haberse dedicado á las ciencias en vez de dedicarse á la literatura, hubiera sido uno de los sabios más ilustres de su siglo—dejó en sus trabajos el germen de las teorías é hipótesis que hoy se nos presentan como la última palabra de la ciencia.

No basta que las teorías daten de la antigüedad más remota ni que las hayan emitido insignes varones; es necesario ante todo demostrar que son ciertas. Cabe discutir una hipótesis, pero sólo se afirma dando en su apoyo pruebas formales; más que eso, pruebas incontrovertibles. Examinaré en el curso de este trabajo las que presenta el P. Zahm á favor de las doctrinas evolucionistas; indicaré aquí únicamente que cree en el progreso continuo de las formas infe-

(1) *Summa*, I. LXIX, 2.

riores á las superiores (1), y en la producción de tales formas por evolución, esto es, merced á la acción de las causas secundarias que obran siempre y en todas partes por la voluntad divina y con arreglo al plan divino (2).

Paréceme que las premisas que establece el sabio teólogo no le autorizan á sacar esas conclusiones, porque es difícil ver la evolución general de los seres, tal como hoy la comprendemos, en las palabras de los filósofos de la antigüedad y de los doctores de la Iglesia, y no acierto á encontrar apoyo en la tesis que proclaman para las doctrinas de Lamarck y de Darwin, y menos aún para las de los neodarwinistas y neolamarckistas.

No se limita á eso el P. Zahm. Pasteur ha probado que la vida sólo puede proceder de la vida, *omne vivum ex vivo*; produce la fermentación y putrefacción la presencia de ciertos microbios, que á su vez son producidos por otros microbios semejantes á ellos. Si resulta imposible negar, después de las decisivas experiencias de Pasteur, el *nihil ex nihilo*, ó admitir la generación espontánea, que aún hace pocos años tenía ardientes partidarios, lícito es, sin embargo, creer que con el progreso de la ciencia, con la perfección cada vez mayor de los instrumentos de que dispone, se logrará demostrar que esa generación se produce á nuestra vista, por decirlo así, para formas tan inferiores á los microbios como estos últimos lo son á los entozoarios. Nuestro sabio autor se adhiere á las siguientes palabras de Huxley (3): «Con la química orgánica, la física molecular y la fisiología, que, aun cuando en la infancia todavía, realizan de continuo prodigiosos adelantos, sería el colmo de la presunción decir que nunca podrán reproducirse en el laboratorio las condiciones en que la materia ofrece las propiedades de la vida.»

Imposible no protestar contra esa afirmación de Huxley.

---

(1) *A veritable ascent of life from lower to higher forms*, dice, conforme á la doctrina de Santo Tomás. Véase pág. 357.

(2) Los cartesianos opinan, por el contrario, que no hay causas secundarias, que todas las cosas se remontan á Dios, sola y única causa de la vida y de su desarrollo en el globo.

(3) *Lay sermons*, pág. 366.

Cierto que la ciencia efectuará incalculables adelantos y que nuestros sucesores se asombrarán no menos que nos hemos asombrado nosotros de los que, merced á nuestros esfuerzos, se han efectuado á nuestra vista. Pero no cabe admitir, sea cual fuere el poder que la ciencia facilite al hombre, que por combinaciones físicas, químicas ó mecánicas se llegue á producir la vida. Ese día igualaríase el hombre á su Creador, y tal cosa no puede aceptarla ningún cristiano.

Volvamos á nuestra tarea. La creencia en la generación espontánea, en el tránsito progresivo en la vida animal y vegetal de las formas inferiores á las superiores, por causas naturales, conocidas unas, desconocidas otras, y que acaso lo sean siempre, puede ser verdadera ó falsa; no es contraria en nada, dícnos, á la revelación; no es contraria en nada á la fe católica. ¿Será lícito llegar á la misma conclusión para el hombre? ¿Descendemos nosotros, sea del mono, sea de cualquier otro animal inferior? ¿Ó ha de suponerse que formamos, como reino humano, una excepción única en la naturaleza?

Parece que la consecuencia lógica de la doctrina evolucionista obliga forzosamente á contestar de modo afirmativo á la primera de las preguntas anteriores. De aquí que la mayor parte de los evolucionistas no titubeen en suscribirla, si bien confesando que aún faltan algunos eslabones á la genealogía que nos han forjado. Esfuérganse todos en hallar los eslabones. Multitud de antropitecos surgen cada día para desaparecer al siguiente, y un sabio insigne, el profesor Virchow, que no profesa nuestras creencias, decía en un Congreso reciente (1): «En vano se busca el eslabón (*the missing link*) que une al hombre con el mono ó con cualquiera otra especie animal... No existe el *Proanthropos*, no existe el hombre mono... todos los hombres de aspecto simiesco son productos patológicos».

La importancia del asunto se comprenderá por cuantos reflexionen un momento. «El hombre no sabe en qué sitio colocarse, decía Pascal en uno de sus admirables *Pensamien-*

(1) Congreso de Moscova, Agosto de 1892.

tos; se busca en todas partes con inquietud y no se encuentra.» Tal es, seguramente, la manera de sentir del P. Zahm; después de afirmar las teorías evolucionistas, después de indicar que no tienen nada de contrario á las doctrinas de la Iglesia, titubea al aplicarlas á la especie humana.

Quizás se detiene ante la exageración con que se promulgan esas nuevas hipótesis. Mortillet ve á nuestros antepasados, mitad monos y mitad hombres, en los que tallaban la piedra de Thenay. Para Darwin son pitecoides arborícolas cubiertos de pelos; para Cope, bunodontes (1) pentadáctilos y plantígrados, descendientes de los lemúridos, y más antiguamente del *Phenacodus* y del *Anaptomorphus homunculus*, que vivían uno y otro en los albores del terciario. Hæckel opina que nuestro antecesor más remoto es el *Amphioxus*; debemos, dice, mirar con respeto á ese ser sin cráneo, cerebro ni miembros, porque de él seguramente descendemos. Taine insinúa que el animal humano fué un carnicero primitivo, primo lejano del mono, armado de caninos como el perro y la zorra, al que la civilización ha suavizado sin transformar.

Ante esas quimeras, inventadas casi siempre por la pasión ó el odio, agrada repetir las hermosas palabras de Quatrefages (2): «Dolicocéfalo ó braquicéfalo, pequeño ó grande, ortognato ó prognato, el hombre cuaternario es siempre hombre en toda la extensión de la palabra».

No trataré de seguir al doctor (3) en su discusión acerca del alma humana, porque es asunto en el que me declaro incompetente. Desde el punto de vista científico, único que tengo derecho á examinar, la cuestión es insoluble, porque se ignora, y probablemente se ignorará siempre, lo que es el alma, cómo se ha formado, cómo y en qué momento penetra en el embrión humano. Dios no ha querido enseñárnoslo, y la ciencia es impotente para ello. Indicaré tan sólo que el P. Zahm, de acuerdo con los más esclarecidos teólogos,

(1) Mamíferos recientemente descubiertos en Wyoming.

(2) *La especie humana*, pág. 220.

(3) El Rvdo. P. Zahm ha sido nombrado doctor en Filosofía por un breve de León XIII.

proclama muy alto que el alma no podría provenir por evolución del alma de las bestias, sino que para cada hombre es creada directamente por un acto mediato de Dios. Tal es, añade, la doctrina católica constantemente profesada desde los apóstoles hasta nuestros días, sin que, eso no obstante, pueda decirse que constituye dogma, toda vez que nunca ha sido explícitamente promulgada por la Iglesia. Jorge Mivart, ilustre filósofo inglés y celoso católico, publicó en 1870 una obra (1) en la que sostenía que el cuerpo del primer hombre debió de provenir de un animal inferior. Apoyaba esta tesis en las enseñanzas de Santo Tomás que antes resumí. Prodújose gran escándalo. Católicos y protestantes combatieron á porfía tal afirmación; los primeros la reputaban herética y anunciaban que sería condenada por la Iglesia; pero Pío IX, considerándola sin duda desde el punto de vista científico, no la condenó. Hubo más: creó *motu proprio* á Jorge Mivart doctor en Filosofía, y el Cardenal Manning le envió, con arreglo á solemne ceremonial, la muceta y el anillo, insignias de su nueva dignidad.

El Cardenal González, muerto hace pocos años, de gran ciencia teológica y filosófica, dice, sin afiliarse á ninguna hipótesis, que hubiera sido más aceptable la de Mivart, si en vez de pretender que el cuerpo de Adam procediese por evolución del de un mono, lo hubiera presentado como producido parcialmente por obra directa de Dios. De esta manera concluía el Omnipotente lo que la evolución había comenzado. La modificación del Arzobispo de Sevilla no me satisface más que la del P. Zahm. La aserción de Mivart, sea cierta ó falsa, forma un conjunto completo é inseparable. Añadiré que en los veinticinco años que hace que la profesa, la Santa Sede, guardián vigilante de la fe, no ha creído útil condenarla ni aun censurarla.

Terminado el resumen de la brillante exposición del sabio doctor, actualmente procurador general de su orden en Roma, apresúrome á colocarme en un terreno que me es más

---

(1) *Genesis of species*.—Mivart reprodujo más tarde esas doctrinas, y con mayor energía aún, en la *Nineteenth Century*, Febrero de 1893.

familiar, examinando, sin preocupación de ningún género, los argumentos favorables á la evolución como ley general de la vida, y también las objeciones que pueden oponerse.

¿Se funda la evolución en hechos ciertos y positivos? ¿No la contradicen otros hechos también positivos? Tal es el problema que importa resolver.

Todos los seres, dice el P. Zahm en lenguaje pintoresco, pertenecen al mismo orden de arquitectura, y es imposible, cuando se conoce los magníficos trabajos del insigne maestro Gaudry, no sentirse impresionado por los argumentos que la paleontología, apoyándose en descubrimientos más numerosos cada día, trae á la hipótesis de la evolución. Los dientes de los elefantes están formados de laminillas superpuestas y los del mastodonte de gruesos tubérculos (1). El observador más superficial advierte que esos dientes pertenecen á especies distintas; pero hoy día conocemos 26 proboscidios que se les parecen. Las diferencias se atenúan insensiblemente, y sólo un paleontólogo hábil puede decidir si un diente dado es de elefante ó de mastodonte.

Entre los albores de la época terciaria y los tiempos actuales, el grupo de los equídeos está representado por una serie de formas que al parecer relacionan á nuestros caballos con los impardigitados. El *Eohippus* del eoceno inferior, que es el primer mamífero conocido del grupo de los equídeos, poseía cuadro dedos completos en las extremidades anteriores y tres en las posteriores. En las especies intermedias se simplifican poco á poco y se hacen más sólidas. El *Mesohippus* del eoceno superior ya no tiene en los pies anteriores más que tres dedos iguales y un cuarto dedo rudimentario. En el *Miohippus* del mioceno medio, el dedo medio adquiere gran importancia y los laterales, aunque más delgados, todavía llegan al suelo. En el *Hipparion* del mioceno superior, solamente se apoya el dedo medio, y los laterales se hallan completamente reducidos. El *Equus* del plioceno no posee ya más que un dedo único muy fuerte, pero bajo

---

(1) Gaudry, *Mamíferos terciarios*, págs. 172 y siguientes.—*Elephantida*, *Revue des questions scientifiques*, Octubre de 1889.



la piel existen dos apéndices óseos que le relacionan con sus antepasados primitivos. Por último, el caballo actual no tiene más que un dedo completo en cada pie, hallándose representados los otros por rudimentos más ó menos atrofiados. Hé ahí uno de los ejemplos más interesantes del paso posible de los ungulados á los solípedos.

No son estos hechos aislados. El *Simocyon*, descubierto en Pikermi, establece el tránsito de los úrsidos á los cánidos; el *Cynodon* participa del perro y de la civeta. El señor Boule ha recogido en los estratos pliocenos de la Meseta Central cánidos que ofrecen á la vez el tipo de las zorras y lobos, de los chacales y perros. Sirven de transición entre las especies miocenas y las cuaternarias (1). El *Helladotherium* enlaza á la girafa con el gamo y el antílope, de los que parecía separada por inmensa distancia. El *Cebochoerus* sirve de intermedio á los monos y suilios.

Si estudiamos los reptiles, vemos en los lacértidos una serie de tipos cuyas cuatro patas van achicándose poco á poco, hasta la serpiente ciega, que no posee más que los rudimentos. Esta última forma el paso insensible de los lacértidos á los ofidios, completamente faltos de extremidades. Análogos hechos hay en los insectos; los fríganos, por ejemplo, sirven de lazo de unión á los neurópteros y lepidópteros.

No se detienen los paleontólogos en este fecundo camino. Presentan con satisfacción tránsitos, no sólo de un orden á otro, sino de una á otra división (2). Los *Protopterus*, peces dinoipcos que hace tan sólo cincuenta años que se conocen,

(1) *Comptes rendus de l'Acad. des Sciences*, 20 de Enero de 1889.

(2) «¿Cabe ir más lejos? se pregunta Gaudry (*Fósiles secundarios*, página 299). ¿Existen pruebas de que, dentro de una misma división, animales de clases diferentes hayan pasado de unos á otros? Formulé ya esta pregunta en el resumen de mi libro sobre los seres primarios, y á ella debo contestar negativamente. Al estudiar los seres secundarios, pregunto lo mismo y contesto también negativamente.» El Sr. Gaudry establece claramente el límite en que el encadenamiento, para valerme de la palabra que le agrada, cesa; pero meditando las páginas que ha escrito con su privilegiado talento, sácase la convicción de que espera en lo porvenir pruebas que completen sus teorías y descubran los desconocidos antepasados que relacionen entre sí á las divisiones en apariencia más distintas.

forman un grupo de transición entre los peces y los anfibios. Clasificanse hoy entre los peces, pero el naturalista que primero los descubrió los consideraba como pertenecientes á los anfibios (1).

Los dinosaurios, carnívoros unos y herbívoros otros, acortan el espacio que separa á los reptiles de las aves (2). Sus restos, muy fragmentarios la mayor parte, es cierto, sólo difícilmente se pueden distinguir, dice el Sr. Marsh (3), de los de las aves recogidas en los mismos estratos. Sir R. Owen indica que en los teriodontes descubiertos en el triás del África austral se descubre cierta tendencia al tipo mamífero, y ya en 1878 admitía Gaudry que los mamíferos marinos descienden de los terrestres (4). En otra de sus obras es todavía más explícito (5). «La vida de los vertebrados, escribe, debió de comenzar desarrollándose en los continentes; el sol vivificante ayudaría á sus primeras manifestaciones; algunos vertebrados de sangre fría y los animales de sangre caliente partirían de nuestros continentes para nadar en un principio en las riberas y lanzarse después á alta mar.»

Si los dinosaurios ofrecen varias afinidades con las aves, el *Archæopteryx* (6) y otras aves de vértebras bicóncavas y pico armado de dientes cónicos, halladas en la creta de Kansas, presentan cierta analogía con los reptiles. «Por paradójico que pueda parecer á primera vista, dice Boule (7), hay

(1) *Rev. des Quest. Scient.*, Octubre de 1890.

(2) «Las relaciones que existen entre las extremidades posteriores de varios dinosaurios y las de las aves—relaciones que ha hecho notar Huxley—son muy notables, dice Gaudry, se advierten en la pelvis, el fémur, la tibia, el tarso y los dedos.» Y luego añade: «Como, por una parte, los dinosaurios se parecen más á las aves que ninguno de los reptiles actuales, y como, por otra parte, las aves secundarias se parecen más á los reptiles que ninguna ave actual, creemos que llegará un día en que los progresos de la ciencia muestren las relaciones que existen entre los antecesores del tipo ave y los del tipo saurio». *Fósiles secundarios*, págs. 226, 234, 245 y siguientes.

(3) *Classification of the Dinosauria, Americ. Journ. of Science*, Enero de 1882.

(4) *Mamíferos terciarios*, pág. 32 y siguientes.

(5) *Fósiles secundarios*, págs. 201.

(6) El *Archæopteryx* tiene plumas como las aves, pero en vez de rabadilla su cola está provista de 21 vértebras con un par de plumas en cada articulación. Sus alas terminan en tres dedos libres provistos de uñas. Tiene pico, pero guarnecido de dientes que recuerdan los de los reptiles.

(7) *Revue scientifique*, 28 de Febrero de 1891.

motivo para creer que las aves son reptiles modificados. Contamos con muchas transiciones entre el reptil más pesado y el ave más ágil.» Mi sabio amigo confiesa que aún no se ha hallado el proceso; pero añade que su existencia no se puede discutir. Será esto verdad cuando los evolucionistas nos den á conocer ese proceso. Todo el asunto estriba ahí, é ínterin *no se presente* la prueba habrá derecho para preguntar cómo de afinidades, de semejanzas del esqueleto, es lícito llegar á la descendencia.

Igual puede decirse á los naturalistas que manifiestan la creencia de que los monometros, el ornitorinco de pico de pato y el equidno ú hormiguero llenarán un día la profunda laguna que existe entre los mamíferos y las aves (1).

Los americanos son más atrevidos aún en sus afirmaciones. El profesor Cope, al agrupar los fósiles recogidos en la América del Norte, especialmente en las Montañas Pedregosas, pretende formar un orden nuevo, el de los *Condilátridos* (2). De éstos, según él, habrían nacido proboscidios y desdentados, roedores y simios carniceros y lemúridos. Tocante á los antepasados de esos poderosos progenitores, aún no ha logrado descubrirlos Cope; presume que fueron marsupiales, precedidos á su vez por monotremos.

Todas esas observaciones y esos descubrimientos vienen á trastornar las teorías que hasta hoy se han admitido, y llevan á la ciencia por caminos nuevos y desconocidos (3). Apresúrome á decir con el Rvdo. P. Zahm que en nada se oponen al dogma fundametal de nuestra fe. ¿No cabe suponer que el Creador, al comenzar su obra, dotó á todos los seres salidos de sus manos, creados por su voluntad, ó tan sólo á algunos de ellos, de un poder de modificación, de una plasticidad—como dice Gaudry—para que se desarrollasen en la inmensidad de los tiempos, bajo el imperio de leyes

---

(1) Mosley, *The Ova of the Monotremes*. *British Ass.*, Montreal, 1884.  
—O. Thomas, *Dentition of Ornithorhynchus*.

(2) *The Condylarthra*, *Americ Naturalists* 1884.—*The Origin of Man and other Vertebrates*, *Popular Science Monthly*, 1886.

(3) Puede consultarse sobre este particular *Principles of Biology*, por H. Spencer.

que ignoramos, de circunstancias desconocidas, por cambios lentos é imperceptibles, que alcanzan á veces límites extremos, y continuándose de generación en generación hasta el cumplimiento de inmutables designios que no puede penetrar el hombre? ¿No se ocurre comparar ese poder á la ley de crecimiento que rige á los seres y que cesa de obrar cuando se llega á un límite desconocido por todos? (1) Sería una solución más satisfactoria para el entendimiento humano, más religiosa todavía que la de un Creador, procediendo por creaciones sucesivas y modificando su obra á través del tiempo y del espacio, como el escultor moldea la arcilla y bosqueja los contornos de la estatua que medita.

Pero esto no es cosa de preferencias. Para conseguir una convicción cabal necesitaríase, ya lo he dicho, conocer el proceso mediante el cual se han modificado esos cambios y modificaciones tan profundas en los seres, el proceso que crea variedades, especies, géneros y hasta órdenes nuevos, que reduce los reptiles, las aves y los mamíferos á un antepasado común. Con frecuencia he tratado de la cuestión con un sabio insigne, y siempre me ha contestado: «El proceso existe ciertamente, pero no lo conocemos». Ese es el punto menos satisfactorio de la nueva doctrina. Se proclama el resultado, sin indicar ni menos comprender las causas. No puede ser una solución aceptable ni una verdad demostrada.

Los misterios de la generación no pueden explicar las transformaciones. Sabido es que las especies diferentes no se aparejan entre sí. Tal es la ley general. Romanes refiere que hay especies salvajes que, cruzadas entre sí, han resultado fecundas. Pero aparte de que el hecho es muy discutible, no bastaría.

---

(1) Hay otros ejemplos que aducir además de la altura á que cada individuo, así en el reino animal como en el vegetal, llega progresivamente. Si el hombre se deja crecer la barba, desciende ésta á un punto del que no pasa. Si se la afeita, la fuerza de crecimiento momentáneamente suspendida reaparece al instante, y se prosigue para cesar de nuevo cuando la barba alcanza una longitud próximamente igual á la anterior. Lo mismo acontece con los cabellos y también con el pelo y la lana de los animales. Déjese de esquilar á los carneros en primavera, y su lana no se desarrollará. Después del esquila, por el contrario, el crecimiento recobrará su vigor.

La unión entre dos razas de la misma especie, no tan sólo es inmediatamente fecunda, sino que da origen á mestizos aptos para reproducirse. No sucede lo mismo con las uniones entre especies diferentes; por lo común se consiguen mediante la intervención del hombre, que á menudo se ve obligado á valerse de estratagemas para lograr sus fines. Casi siempre, y en esto consiste el hecho capital, los híbridos son infecundos, aun cuando las especies sean tan cercanas como el caballo y el asno, la liebre y el conejo, ó lo resultan prontamente en su posteridad. No se conoce ninguna especie nueva debida á su ayuntamiento (1).

El Sr. Suchetet ha establecido claramente los casos de hibridez en estado salvaje en un notable trabajo que leyó en el Congreso de Bruselas en 1894. No conoce, dice, ningún caso de hibridez en los mamíferos; en las aves, los casos que se enumeran, sometidos á una crítica severa, se reducen á cortísimo número y siempre en especies muy próximas (2).

Grandísima es la importancia de ese hecho, y Huxley confiesa, á pesar de mostrarse tan ardoroso evolucionista en sus escritos, que su adhesión será provisional mientras los animales y las plantas que tienen en esa hipótesis un origen común no produzcan individuos fértiles y con posteridad fértil también (3).

Demostrada la imposibilidad de la transformación de las especies por generación, hay que buscar otros factores. ¿Habríamos de admitir la selección natural y la lucha por la vida de Darwin, la ley de la herencia de Weissmann, la de la descendencia de Carlos Vogt (4) ó la supervivencia de los más aptos, de Heriberto Spencer? Sobrada ambición la de

(1) Los lepóridos, nacidos de la liebre y el conejo, se convierten en simples conejos al cabo de corto número de generaciones. El lepórido no tiene nada de liebre, su esqueleto es el del conejo. C. R. *Acad. des Sciences*, 12 de Diciembre de 1892.—Sanson, *Dicc. de Agricultura*, art. *Lepóridos*.

(2) En una publicación anterior (*Aves híbridas halladas en estado salvaje*) citaba Suchetet en el orden de las gallináceas 22 híbridos, de los que 3 le parecen auténticos y 6 probables. Pero todos esos híbridos pertenecen á especies sumamente inmediatas. En las palmípedas se cuentan 25 híbridos; pero muchos de esos cruzamientos no están probados y varios puestos en duda.

(3) *Relaciones anatómicas entre el hombre y los animales*, pág. 85.

(4) *Revue Scientifique*, 18 de Julio de 1891.

pretender sujetar el universo al molde de una fórmula, y aun falta demostrar que ésta sea exacta.

Ya hoy se concede que las palabras «selección natural, supervivencia de los mejor adaptados» son impropias (1). El doctor Perrier, sabio eminente y entusiasta transformista, rechaza lo que le parece brutal en la lucha por la vida. Para él, la asociación, el auxilio mutuo, la división del trabajo y la solidaridad han desempeñado papel preponderante en el perfeccionamiento de los organismos (2). ¿Quién se atrevería á sostener que esos factores hayan modificado profundamente las condiciones de la vida?

También se dice que el medio es un factor importante. Ciertamente que el medio ha ejercido y ejerce de continuo gran influencia en las costumbres, modo de vida, pelaje y condiciones de existencia. Virchow admite con todos los biólogos que el clima, las circunstancias del ambiente ejercen una acción indiscutible, pero no se conoce ningún hecho que autorice á creer que hayan podido producir especies nuevas.

En otra ocasión aduje muchos ejemplos del efecto que causa un medio nuevo en especies separadas de aquel en que han nacido (3). Fácil es añadir algunas más. Los conejos de Australia, bajo el influjo de este nuevo medio, hiciéronse trepadores y nadadores. Recientemente presentaron á la Sociedad Zoológica de Londres las patas anteriores de uno de esos conejos: son más pequeñas y delgadas que las de los conejos ingleses, antecesores suyos, y con las uñas más aceradas (4). Los americanos hacen frecuente uso, para la conservación de las carnes, de refrigeradores en que la temperatura se conserva constantemente entre 3° y 4°. Las ratas pululaban en ellos, pues se acostumbraron rápidamente al frío, y causaban grandes daños. No sucedió lo mismo con los gatos, á los que se quiso aclimatar para que combatiesen

(1) H. Spencer, *Factores de la evolución orgánica*, *Revue nouvelle*, 15 de Julio de 1886.

(2) Véase *Colonias animales y formación de los organismos*.

(3) *Correspondant*, 10 y 25 de Abril de 1891.

(4) *Nature*, 2 de Diciembre de 1893, t. I, pág. 14.

á las ratas: todos morían poco después. Un día parió una gata dentro de la misma heladora; se logró criar á los gatitos, que no solamente vivían muy bien en aquella temperatura fría, sino que no pudieron vivir en otra más elevada. Como acontece con otros animales sometidos á condiciones de vida análoga, su pelo era muy espeso y la cola muy corta (1).

Síguese de esos hechos y de bastantes otros que se podría añadir que el proceso merced al cual cabe referir todas las especies vegetales ó animales á una forma única, si acaso existe, todavía no se ha descubierto, cosa que son los primeros en reconocer los evolucionistas de buena fe.

Esa ignorancia del proceso, esa imposibilidad de explicarlo, no son las solas objeciones que es dado hacer á la ley general de la evolución. Los darwinistas dicen que todas las especies provienen de cinco ó seis progenitoras, quizás de una sola. Se ha intentado trazar un árbol genealógico entre la monera primitiva y el hombre, á quien se dignan conceder el sitio de honor; pero los escalones hállanse constituidos por seres imaginarios, cuyas huellas nadie ha encontrado. Algún día se encontrarán, á no ser que estuviesen formados de modo que no pudieran conservarse en los estratos de la tierra, responde Carlos Vogt (2). Tal es la contestación que arrogantemente se nos da. «Á todas horas explicamos cosas que no entendemos, valiéndonos de otras que no entendemos tampoco», dice el Sr. Brunetière (3). ¿No puede aplicarse esto á Carlos Vogt?

Por otra parte, hay seres exceptuados de esa ley que se llama general. Vemos que existen insectos que se remontan á los tiempos primarios y atraviesan la inmensidad de los siglos sin cambio aparente; llegaron de un golpe á su estado actual. Barande ha estudiado concienzudamente el sistema siluriano de Bohemia; de los 350 trilobites clasificados por él, 340 han permanecido invariables; ninguno de ellos ha producido una nueva forma específica. Williamson llega á

(1) *Nature*, 1894, t. II, pág. 403.

(2) *Revue scientifique*, 1877, pág. 1058.

(3) *Moralidad de la idea evolutiva*.

una conclusión análoga para los braquiópodos de la Gran Bretaña (1), y Agassiz para los zoófitos de los arrecifes carolinios de la Florida, á los que atribuye una antigüedad mínima de setenta mil años. ¿Cómo referir á la cadena de los seres los grandes saurios de la época secundaria? ¿Por qué aparecieron? ¿Por qué han desaparecido sin dejar representantes? Aunque Sir John Lubbock (2) admite que los insectos proceden de organizaciones más sencillas, reconoce que no pueden haber pasado por todas las formas inferiores de la vida animal. Acudamos una vez más á Gaudry (3). Algunos de los tipos primitivos, dice, apenas han cambiado; asistieron impasibles á las varias revoluciones que trastornaron el mundo. Puede llamárseles tipos permanentes ó pancrónicos, puesto que pertenecen á todas las épocas. Otros tipos se modificaron ligeramente para volver muy pronto al punto de partida. Merecen el nombre de tipos elásticos, continúa nuestro eminente paleontólogo, y suelen pertenecer á los seres inferiores. ¿Cómo esos seres pancrónicos ó elásticos entran en la ley general? ¿Dónde se les ha de colocar en el árbol genealógico de la descendencia?

En el campo de la botánica nada satisfactorio para la evolución se ha deducido de la muchedumbre de hechos observados (4). La flora preglacial, que se remonta á una antigüedad incalculable, no difiere por ningún carácter esencial de la flora de hoy. Schweinfurth dice que no existe prueba alguna de que las plantas hayan sufrido un cambio específico (5). Los estudios hechos acerca del trigo, verbigracia, lejos de inducir á que se admita la inestabilidad de las formas, conducen á una conclusión favorable al tipo de la especie, imponiéndose á la multiplicidad de razas ó de variedades de trigo (6).

---

(1) C. de la Vallée Poussin, *Paleontología y darwinismo.*, *Rev. des quest. scient.*, Enero de 1877.

(2) *Origen y metamorfosis de los insectos*, trad. franc., pág. 97.

(3) *Fósiles secundarios*, pág. 293.

(4) Fr. Dierckx, *El hombre-mono*, *Rev. des quest. scientifiques*, 1894, tomo V, pág. 587.

(5) Carnthers, *Opening Adress. Biological Sect. British Ass.*, 1886.

(6) Dr. Dufresne, *Del origen de las plantas cultivadas*.



«El concepto de especie continúa siendo muy oscuro en botánica, escribe el presbítero Sr. Boulay (1). Ciertos tipos específicos ó formas se nos presentan como datos de fijeza absoluta; distingúense fácilmente de todos los demás; no producen variedades notables y no se cruzan con las especies parecidas. Sin embargo, ¿dedúcese de ahí que se remonten al origen de las cosas y que fuesen creados tales como los vemos? Sería imprudente afirmarlo. Otras formas, por el contrario, son inestables y variables hasta el exceso. No se sabe en esos grupos dónde empieza la especie y dónde acaba. Erígese en series á esas especies flotantes, sin detenerse en el valor de los caracteres que sirven para marcarlas.»

De esos ejemplos y de otros que en gracia á la brevedad omito, hay que convenir forzosamente que la evolución no ha salido aún de hipótesis más ó menos plausible y que todavía faltan las pruebas positivas y concluyentes.

Queda una última objeción para la que he buscado en vano contestación. Cuanto más se estudia la fauna antigua de Europa ó América, de Asia ó Australia; cuanto más se extienden nuestras investigaciones á las islas y los continentes que van abriéndose, más choca la diversidad de animales que encontramos. ¿Cómo comparar, por ejemplo, á los marsupiales y desdentados? Y en cambio, todos los huesos humanos que hasta el día se han hallado se parecen. ¿Cómo explicar que seres distintos en absoluto llegaran por transformaciones sucesivas á producir hombres semejantes en absoluto? La única explicación plausible—y dudo mucho que los evolucionistas la acepten—consiste en suponer que el hombre forma aparte en la cadena de los seres y que la evolución se detuvo en él.

Gran alboroto se ha armado con los órganos rudimentarios que vemos en los representantes de las especies superiores. Sólo la evolución, dice el P. Zahm, puede explicarlos; esos órganos son restos de formas anteriores debidas á antepasados en los que dichos órganos estaban completamente desarrollados, y Darwin (2) los compara con esas le-

(1) *Las sociedades naturales y la antropología, Rev. de Lille, 1895.*

(2) *Origin of Species, t. II, pág. 263.*

tras que subsisten en algunas palabras, pero que no se pronuncian ya; sirven para indicar la derivación de esas palabras, como los órganos rudimentarios indican la derivación de los seres.

Oigamos á Huxley, testigo nada sospechoso para los evolucionistas. Los rudimentos de órganos, dice, no proporcionan ninguna prueba distinta de la que dan los miembros normalmente desarrollados. La glándula mamaria del hombre, añade (1), era probablemente inútil en el mamífero, el antepasado más antiguo del hombre, y sin embargo, no ha desaparecido. ¿Es posible que para el organismo humano resultara útil el conservarla? No lo contradecemos; pero en ese caso su valor demostrativo desaparece.

En la ciencia actual, escribe de manera más general el eminente sabio americano Dr. Brinton, se habla á todas horas de reversiones pitecoides, simias y lemúridas, y se proclama que son producidas por atavismo. No hay derecho para proclamar esto mientras no se pruebe que la variedad que se cree reconocer no se debe á causas ó condiciones actuales, sin relación alguna con un salto regresivo. Darwin insinúa también que el estado embrionario de cada especie reproduce, más ó menos completamente, la forma y estructura de antecesores menos adelantados (2). Sir John Lubbock añade (3): «Día vendrá en que se admita generalmente que la estructura del embrión y las transformaciones que sufre al desarrollarse indican de modo cierto el curso de las transformaciones de los seres organizados en los antiguos tiempos, de igual manera que los restos encerrados en las rocas y por el orden en que se suceden nos enseñan el pasado de la tierra misma». Pero aparte de que son muy discutibles esos hechos, ¿cómo puede explicar la evolución la concordia entre el desarrollo del individuo y el de la especie? ¿Cómo la serie de transformaciones que proclaman nuestros evolucionistas resume las transformaciones que han

(1) *Rev. des quest. scient.*, Abril de 1894.

(2) *Origin of Species*, t. I.—Véase también H. Spencer, *Principles of Biology*.

(3) *Origen y metamorfosis de los insectos*, trad. franc., pág. 125.

¿dado lugar á nuestra especie? Eso es lo que habría que demostrar y no se demuestra. Aunque estuviera demostrado, Huxley—á quien cito siempre no sólo por su ciencia, sino por su imparcialidad y buena fe—reconoce que no podría sacarse de la ontogenia y la filogenia un argumento decisivo.

He llegado al término de mi cometido. El libro del doctor Zahm es un libro de gran mérito; es á un tiempo obra de ciencia y de fe; pero, permítame que se lo diga, toma muchas hipótesis no demostradas por verdades adquiridas. Declaro á mi vez, en presencia de los hechos nuevos que la paleontología descubre diariamente, que no es razonable la negación absoluta, y me concreto á repetir lo que dije en el Congreso de Bruselas (1), y que el Rvdo. P. Zahm tiene la bondad de recordar: aunque no estoy dispuesto á admitir las conclusiones de la escuela evolucionista, no las rechazo en absoluto. El Jurado en Escocia, aparte de las contestaciones habituales, puede, sin decidirse sobre el hecho mismo, responder *not proven*, no está probado. Tal es actualmente mi única conclusión; tal será también, no lo dudo, la de todos los que acometan ese estudio con el exclusivo fin de llegar á la verdad.

En medio de nuestras dudas é incertidumbres, un solo punto queda como faro brillante que ningún descubrimiento ni progreso podrá obscurecer. Espinosa lo resume en los excelentes términos que siguen: *Quidquid est, in Deo est, dice, et nihil sine Deo esse neque concipi potest.*

EL MARQUÉS DE NADAILLAC.

---

(1) *Compte rendu du Congrès, Sección de Antropología*, pág. 305.





## DEL ARTE

---

Importancia social del arte.—El ideal de la belleza y el ideal de la vida.—Influencia del arte en la vida social.—El desinterés, condición suprema del arte.—La belleza.—El arte, agente de moralidad y de cultura.—El valor de la obra de arte.—El naturalismo moderno y su menosprecio de las formas superiores de la belleza.—Los imitadores de Zola.—El arte y la fealdad.—El arte y el crimen.—Formas inferiores del arte.—El arte, instrumento y servidor de las pasiones.—El arte subversivo y revolucionario.—*Juan José*.—El arte, categoría del espíritu inherente á todo ser humano.—La belleza en la vida.—Los héroes de Plutarco y los héroes modernos.—Manifestaciones estéticas relacionadas con la sexualidad.—*La sonata de Kreutzer*.—Como debe ser la expresión de la belleza si ha de contribuir á la perfección y al bien de la humanidad.—El arte y la libertad.—El arte y el bien moral.

La importancia social del arte como expresión adecuada de lo bello ha sido apreciada en todo su valor por los pensadores de las distintas edades. Desde el Egipto, que supo proyectar en grandiosos monumentos arquitectónicos sus ideales de sumisión jerárquica, de religiosidad preponderante, de justicia de ultratumba y de misteriosa psicostasia, á Grecia, que en sus poemas y sus mármoles preparó la subordinación de la naturaleza ciega y de la fuerza brutal al imperio de la humanidad y de la idea; desde la civilización arábica, que imprime el relieve sensual de sus creencias á sus mansiones encantadas donde la naturaleza y el arte se enlazan, más que en el símbolo, en la realidad del cielo azul,

de la vegetación exuberante que embellece todas las perspectivas, del misterioso y dulce sonido de la fuente que convida al ensueño voluptuoso, supremo fin de los sectarios de Mahoma, á la expansión religiosa y social del mundo cristiano en la Edad Media, que deja su perdurable huella en la sombría y grandiosa catedral, en el claustro melancólico donde hasta la última piedra es un homenaje sagrado, un anhelo ardiente de adoración y de eternidad, en todas las épocas de la historia hallamos demostrada la estrecha relación entre el ideal de la belleza y el ideal de la vida, entre la significación social de un pueblo y su valor y su carácter estético.

La influencia del arte en la vida social es, por regla general, callada, constante, discreta. Nacido de la acción combinada de factores tan diversos como son las condiciones étnicas ó de raza, de suelo, de clima, de actividad industrial ó guerrera, científica, moral y religiosa, el arte reacciona á su vez sobre todas las manifestaciones de la vida del hombre. Pero en ciertos casos, al interpretar con su poderoso don de simpatía sentimientos que flotan sin haber hallado forma verdadera de expresión, al presentir y anticipar con inspiración sobrehumana el porvenir, comunica á las sociedades fuerte sacudida. La representación de *Los cautivos*, de Plauto, inició el período de violentísima agitación que produjo el formidable alzamiento de Espartaco y la guerra social; Rouget de l'Isle infunde á los vencedores de Jemappes el soplo poderoso de su inspiración generosa y valiente y centuplica el impulso de libertad revolucionaria; el *Wacht am Rhein* electriza las legiones germánicas en 1870 (1), y mistress Stowe, con un relato admirable, hermosa expresión de caridad y de amor, prepara la gran epopeya americana que se resuelve con la abolición de la esclavitud en el territorio de la Unión.

Las formas de actividad humana que han sido objeto de los anteriores capítulos revisten sin duda fundamental im-

---

(1) «Cuento nuestros cantos patrióticos entre los «imponderables» que han preparado y facilitado el éxito de nuestros esfuerzos por la unidad alemana.»—Príncipe de Bismarck.—V. *Journal des Debats*, 27 Marzo de 1896.

portancia para la vida, por cuanto sin ellas no se concibe sociedad alguna. Sin base material de sustento, sin relación adecuada de los fenómenos psíquicos á las realidades exteriores, sin alguna coordinación de las actividades individuales á los fines colectivos, no puede darse ese florecimiento que constituye el arte y que supone fuerzas no absorbidas por las necesidades inmediatas de la nutrición y de la preservación de nuestro organismo. Así el arte brilla en las épocas de abundancia y en las que siguen á períodos de exaltación de las energías sociales. En el Oriente, en Egipto, en Grecia, en España, por todas partes, la expansión del arte coincide con las épocas de grandeza militar ó económica. Atenas produce sus poetas, sus oradores, sus Fidias y sus Apeles, después de las grandes y victoriosas guerras nacionales, cuando el vigor de la raza, llevado á su más alto punto por la exaltación guerrera, podía alimentar los hondos cauces del arte y de la filosofía; España entra en el siglo de oro de su literatura al terminar su reconquista, cuando el genio nacional se encuentra apto para debelar imperios lejanos, fomentar industrias, llevar ejércitos á Italia, á Francia y á Flandes, y dirigir la política de Europa. Lo mismo pudiera decirse de Italia, de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de los Países Bajos. El arte entra, por el contrario, en su decadencia con el estéril artificio, con el amaneramiento y con el predominio absoluto de la forma sobre el fondo, cuando decaen la riqueza y la vitalidad de una nación. Toda explosión de arte en una sociedad supone una riqueza interior exuberante. y es indicio seguro de progreso. Corona en cierto modo la civilización en que se produce, dando vida y haciendo sentir á todos los ideales que han sustentado su actividad presente y que deben inspirar su porvenir.

Esta misión del arte de vivificar los ideales de la raza y en su forma más alta y más noble los ideales de la humanidad nos da la razón de la importancia que á su vez alcanza en toda sociedad adelantada. La idea pura, el mero conocimiento, son impotentes para mover las voluntades. Es preciso que susciten movimientos de la sensibilidad misteriosa-

mente enlazados con asociaciones mentales de ideas y de sentimientos, capaces de producir poderosas corrientes de acción. La eficacia mayor de las ideas se produce, no cuando se mantienen en la superficie y á la luz de la conciencia, sino precisamente cuando constituyen estados subconscientes profundamente arraigados y en íntima combinación con el organismo total de nuestro espíritu. Entonces la idea es á la par sentimiento y posee el poder de irradiación que corresponde á esta forma superior de la sensibilidad.

El arte se dirige al sentimiento, y de ahí su fuerza. Razonad acerca de la caridad y del sacrificio, y vuestras palabras no se grabarán en las almas. Presentad en el poema, en el escenario, en el lienzo, la caridad y el sacrificio con sus nobles, vivos y profundos caracteres, con la expresión animada de la lucha de afectos, del entusiasmo, de la alegría y del dolor, é imprimiréis honda huella en los corazones.

La condición del arte verdadero, del arte que exalta los elementos superiores de la humanidad, es la independencia de todo otro móvil, que no sea la expresión sincera de la inspiración creadora. El arte cortesano y el arte democrático son degeneraciones de esa actividad, que no debe tener otro objetivo que la belleza misma, ya sea de orden ideal, moral ó físico. El artista que supedita su inspiración á los intereses ó indicaciones del monarca ó de la multitud, degrada el arte y le convierte en torpe granjería.

La belleza, ese supremo objeto del artista, es por sí sola un elemento poderoso de cultura. Expresión de las más nobles calidades de la realidad; resultante de la vida intensa, de la armonía; del orden, de la expansión de las fuerzas morales y físicas; reflejo exacto de nuestros ideales, la belleza es como la sal de la vida, el elemento que preserva de la podredumbre moral y material y que vivifica y alienta nuestras mejores y más altas aspiraciones.

Por eso el arte es esencialmente un factor de cultura y de moralidad. Cuando en su lenguaje de formas, de colores ó de sonidos expresa los ideales superiores de la humanidad, los sentimientos que ensanchan el corazón y los afectos que contribuyen á nuestra dicha, su obra es tres veces santa y

bendita. Y este resultado en las artes más complejas no se obtiene por la representación unilateral del espíritu humano, por la simple expresión de sus movimientas buenos y laudables, sino que surge del cuadro vivo de la lucha de los diversos afectos, brota del conjunto de la obra, ya resulten, como en la triste realidad, triunfantes muchas veces la fealdad y el mal, ya como en esa idealidad, más real quizá que la realidad misma, y que todo noble espíritu acaricia en su mente, aparezca victorioso lo que es digno de la victoria.

El valor de la obra de arte puede apreciarse, en gran parte, por el género de influencias que ejerce. Sin subordinar la creación del artista á consideraciones éticas, cabe afirmar que toda verdadera obra de arte es una aspiración al bien. Guyau, que comprendió admirablemente la fecundidad social de la creación estética, se expresa en los siguientes términos: «La verdadera belleza artística es por sí misma moralizadora; es una expresión de la verdadera sociabilidad. Por regla general, puede conocerse el equilibrio intelectual y moral del que ha escrito una obra por el espíritu de sociabilidad *verdadera* que la inspira; y si es cierto que el arte significa otra cosa que la moral, es, no obstante, un testimonio excelente para una obra de arte el que después de haberla leído nos sintamos, no más tristes ni más degradados, sino mejores y enaltecidos á nuestros propios ojos; más dispuestos, no á encerrarnos en los propios dolores, sino á comprender su vanidad» (1).

Hay obras de arte que, dotadas de un valor extrínseco á veces considerable, carecen de valor estético en la verdadera acepción de esta palabra, porque no mueven nuestros sentimientos ni alcanzan á producir más que una contemplación admirativa de orden casi exclusivamente intelectual. Los poemas de corte clásico, en que se reproducen giros, ideas é imágenes de épocas pasadas; el romanticismo copiado de Chateaubriand y Arlincourt; la retórica revolucionaria inspirada en el estado de los espíritus en 1793 ó 1848; los lienzos históricos que son, ante todo, detalle, indumen-

---

(1) *L'art au point de vue sociologique*, 1889, pág. 384.



taria, ausencia de nuestro espíritu, de los sentimientos que en nosotros palpitan, son producciones que esterilizan el talento y la inspiración.

Pero hay otras obras de arte que son francamente nocivas y que revelan un desequilibrio moral ó intelectual en los que las producen. El materialismo literario pseudo-realista, tan en boga hace algunos años y que tan desacreditado se halla al presente, se fundaba sobre una afirmación contraria á todo sano principio de estética. Para sus secuaces, el objeto de la representación artística era cosa indiferente en cuanto al valor de la obra de arte. Si la forma era bella, no había para qué considerar la deformidad moral que aquella forma pudiera revestir. Un escritor español, de condiciones no vulgares (1), pero que confunde algunas veces la originalidad y la independencia con el menosprecio de la experiencia moral y social de los siglos, sostenía, algunos años ha, con arreglo á los nuevos cánones, que tan bella, tan noble era la pintura artística de los amores de una prostituta como pudiera serlo la del amor casto y único de la virgen y de la esposa. Con arreglo á estas máximas, que desconocen el desigual valor que en la escala de la belleza representan los objetos que inspiran la obra de arte, y que niegan que la cobardía es menos bella que el heroísmo, la trastienda del mercader que una espléndida caída de la tarde, se han producido obras vituperables en la moderna literatura. La comunicación de sentimientos, el contagio afectivo, que es el arma poderosa con que el artista penetra en los corazones y con la que ejerce influencia incontrastable, se ha puesto al servicio de lo innoble, de lo subversivo, de las pasiones que degradan y que destruyen.

Verdaderamente aflictiva, porque indica la triste fecundidad del error, es la corriente de realismo bajo y repugnante, resultado de dichos errores y del atractivo que fatalmente ejerce el éxito en sus formas ruidosas y lucrativas. La novela y el drama, á su influjo torpe y pernicioso, se convirtieron en representación fiel de las peores enfermedades socia-

---

(1) J. Dicenta, en un artículo publicado en *El Liberal*.

les. El adulterio, el concubinato, la prostitución, los más tristes y vergonzosos fenómenos de psiquiatría fueron el objeto de las nuevas producciones del arte. Los títulos de las obras respondían á su fondo, y los *artistas* del realismo se devanaron los sesos para hallarlos bien expresivos de algo material, repugnante y mal oliente.

Por dicha, ya sólo algún rezagado de la inteligencia y el arte cultiva de buena fe el género que vulgarizó Zola con *L'assommoir*, *Nana* y *Le pot bouille*. No que el arte deba prescindir en absoluto de la fealdad moral y física; pero consagrarse exclusivamente á vivificarla en el drama y en el libro, ejercer el maravilloso poder de sugestión que constituye la gran fuerza social del artista en favor de las deformidades del cuerpo y del espíritu, es sencillamente deprimir la inspiración y realizar una obra mala. Los grandes artistas, á imitación del gran poeta florentino, colocaron siempre en el lugar que les corresponde á los vicios y á las pasiones que oscurecen el horizonte de la vida. No es preciso para ello que la creación del arte se convierta en un apéndice del catecismo de religión y de moral; basta que la realidad que expresa el artista refleje en alguna forma la idealidad superior en que consiste la belleza.

Las obras propiamente obscenas no merecen ser calificadas de obras de arte. La condescendencia de autoridades y leyes para con ellas es verdaderamente censurable. Obras que constituyen excitaciones directas á todos los vicios y desórdenes debieran ser castigadas con fuerte mano.

Pero quizá no son menos perniciosas, aunque no alcance á ellas ni deba alcanzar la acción del poder público, esas obras que responden á verdaderos talentos literarios, y en las que, merced á los fueros de la fantasía, se idealiza el adulterio, el amancebamiento, el menosprecio de las leyes, el desdén del trabajo, el robo, el homicidio y los odios de clases.

Las tendencias de la moderna literatura francesa no son ajenas, ni con mucho, á la relajación de la familia, que tan tristes progresos ha realizado en estos últimos años. «¿Quién sabe—pregunta Guyau—el número de crímenes de que las

novelas de asesinatos han sido instigadoras? ¿Quién sabe cuánta depravación real de costumbres ha producido la pintura del libertinaje?» (1)

Justo es consignar que la literatura malsana ha caído ya en el descrédito entre los verdaderos literatos. El arte busca de nuevo su inspiración en las fuerzas vivas y verdaderamente reales de la naturaleza y del espíritu. La literatura inspirada en costumbres y pasiones degradantes, en la sociedad de rufianes y en la espuma de los presidios, sólo recibe aplauso del vulgo. Verdad es que alcanza fácilmente, y seguirá alcanzando, éxitos materiales, ya que no de gloria.

Siempre recuerdo, al pensar en la influencia verdaderamente funesta de ciertas obras literarias, una de las más tristemente fecundas, *Las aventuras de Rocambole*, de Ponson du Terrail. En esta novela, el protagonista, que es en el fondo un malhechor de la peor especie, aparece rodeado de una aureola de maravillosas cualidades de inteligencia, serenidad, valor y dominio absoluto de sí, que oculta su fealdad moral y que produce en cerebros impresionables, y sobre todo en los jóvenes, una extraña subversión de ideas y de sentimientos. En Francia, los tribunales conocen bien la acción nociva de *Las aventuras de Rocambole*, y es sensible que en nuestra patria una importante publicación, por lo general bien inspirada, la haya popularizado recientemente.

Los artistas y literatos que han conseguido renombre y prestigio, y aquellos que se sienten con fuerza para volar sobre las cimas que apenas rastrea la medianía, tienen la obligación de despreciar el aplauso vulgar, y en vez de servir las pasiones de la plebe, dirigirlas. Sin duda es más fácil inspirarse en las corrientes generales, aunque carezcan en conjunto de razón y de valor moral, y en vez de extraer lo que en ellas puede haber de laudable y positivo, convertirse en paladín de las inclinaciones y de los odios de la multitud. Hay sentimientos que tienen en la humanidad un triste arraigo, y cuyas palpitaciones se despiertan fácilmente en nosotros por impulso atávico; en el hombre de nuestros

---

(1) Obra citada, pág. 379.

tiempos surge fácilmente la rebelión contra esos obstáculos, obra de una experiencia cien veces secular, que las leyes, las costumbres, la moral, la religión y la ciencia oponen á las pasiones indómitas y antisociales. Nada más fácil que halagar los sentimientos contrarios á un orden social que, como obra humana, dista mucho de ser perfecto. Lo difícil es señalar los caracteres del orden que ha de sustituir al actual y demostrar su viabilidad y sus ventajas.

Cuando *Juan José*, en una obra reciente tan notable por su vigor dramático como por su carácter subversivo, después de la infidelidad de su manceba, que lógicamente conserva las ideas y sentimientos del lupanar que no ha mucho abandonara, da muerte á su rival, el odioso y odiado *burgués*, y exclama: «Lo he matado frente á frente, *como matan los hombres*», no hay duda de que se pone al unísono con los sentimientos de venganza y de violencia que dominan aún en las muchedumbres, pero produce impresión dolorosa en todas las almas que aspiran á una sociedad enlazada por vínculos de noble y hermosa solidaridad. Esa exclamación es real, pero ¡qué tristemente real! El sentimiento puro y delicado, al que hiere esa frase suprema del héroe del drama, vibra aún en pocas almas; pero su valor supera al de los contrarios sentimientos, con toda la distancia que media de la civilización á la barbarie, de la discordia que envenena, al amor, *más venturoso que el odio, más fuerte que la justicia* (1).

Pero el arte no es patrimonio exclusivo de los que más especialmente á él se consagran, de los artistas, en el sentido usual de esta palabra. Claro es que aquel que vive del arte y posee sus secretos puede ejercer una influencia superior y más decisiva en la determinación de los ideales estéticos, que quien dirige principalmente su actividad á otros fines; pero el don de sentir y de amar la belleza no está negado á hombre alguno. Todas las manifestaciones del ser humano pueden y deben reflejar las cualidades de unidad, de armonía y de vida que constituyen el objeto del arte; en

---

(1) *Pour la couronne*, drama de F. Copée, acto IV, última escena.

todas ellas el hombre dotado de altas cualidades y de sentimientos delicados y nobles imprime el sello de su naturaleza superior y de su ideal. Hay vidas que constituyen verdaderos modelos para el artista. La antigüedad griega, cuna del arte clásico, fué fecunda en existencias expresivas de la belleza serena, majestuosa, no turbada por el tumulto de internas contradicciones, que constituye la inspiración de sus mármoles y de sus poemas. El mundo moderno nos ofrece vidas inspiradas en un ideal superior y expresivas de una belleza más intensa y más honda, en correspondencia, no ya sólo con los sentimientos fundamentales del corazón humano, sino también con las diversas y múltiples emociones que el desarrollo de la cultura y la riqueza del pensamiento engendran. Un San Ignacio de Loyola, un San Vicente de Paul, un Byron, un Chateaubriand, ofrecen en su vida bellezas artísticas distintas de las que nos presentan los héroes de Plutarco, pero representativas de un ideal muy superior de moralidad, de ciencia y de arte.

Hay existencias bellas en todos los grados de la jerarquía social. El soldado que muere por la patria; el obrero que termina tranquilo y resignado una vida de trabajo y de honradez; el médico que jamás retrocede ante el peligro de infección ó de contagio y cumple hasta el sacrificio sus deberes; el hombre que obra con arreglo al dictamen de su conciencia, menospreciando lauros y riquezas; el que fué siempre leal y constante en los nobles y rectos propósitos; el hombre de corazón, que en su esfera ha practicado el bien y ha dado laudable ejemplo á cuantos le conocieron; el que menospreciando lo que todos aman, la propia vida, por amor á la gloria, al saber, al poderío, penetró en tierras desconocidas y afrontó cien veces el peligro; el que sacrifica en el silencio ilusiones, deseos, aspiraciones de placer ó de gloria en aras de un sentimiento que rebasa los límites del individuo, todos los que así viven, todos los que así mueren, contribuyen á crear la belleza, son cooperadores en el arte, al que ofrecen alta y adecuada inspiración.

Toda existencia superior, todo noble propósito, toda acción inspirada en móviles plausibles, entra en la esfera de lo

bello. La crueldad, la cobardía, la envidia, la calumnia vil, la mezquina maledicencia, el movimiento sensual que no responde á energías espontáneas y creadoras, la avaricia, la ingratitud, el odio, todos estos censurables afectos del alma humana unen, á su carácter inmoral, la fealdad. Son deformidades del espíritu humano, semejantes á las deformidades del organismo material. La belleza y el bien en su más alta expresión se confunden; cuanto contribuye á mejorar á los hombres contribuye á embellecer la vida, y la humanidad sólo alcanzará la suprema belleza cuando sea capaz de realizar el sumo bien.

Las formas inferiores del arte humano atienden sólo al ornato exterior, alimentan exigencias superficiales de nuestros sentidos, y se confunden con las manifestaciones estéticas de los seres inferiores. Es éste un arte legítimo, y para la mayor parte de la humanidad el único á que puede aspirar. Cuando el moralista rígido fulmina los rayos de su ira contra la muchacha que realza su hermosura con cintas y flores, donaire y alegría; cuando Tolstoi, en su *Sonata de Kreutzer*, abomina de cuanto en el vestido de una joven permite entrever los atractivos del amor, uno y otro se oponen á la acción misma de la naturaleza. Tanto valdría indignarse porque las flores ostenten sus más vivos colores y esparzan sus mejores aromas en la alegre primavera.

Pero precisamente aquí podemos estudiar con provecho los caracteres que debe revestir el arte para ser verdaderamente bello y bueno. El deseo de agradar, naturalísimo en su origen y laudable en sí mismo, se manifiesta en la especie humana, ya mediante formas y procedimientos que se dirigen á realzar la belleza y la fuerza naturales del cuerpo humano, ya mediante artificios completamente extraños á la idea de belleza y que se fundan en sentimientos de otro orden, respeto y amor á la riqueza, sumisión al poderoso, etc. La mujer que avalora sus encantos con flores sencillas, con ligeros adornos, con el atractivo de la salud, del aseo y del pudor, rinde un culto cien veces más digno á la belleza que la que se adorna con oro y pedrerías y consagra una fortuna á su complicado atavío. En el primer caso,

el arte responde á su natural destino: mostrar la belleza en su pureza y en su verdad, hacerla amar por sí, convertirla en instrumento de mejoramiento de las razas y de las costumbres. En el segundo caso, el arte contribuye á falsear los naturales y sanos impulsos del corazón y á dar la preferencia á lo que es accesorio, á los objetos y riquezas exteriores, sobre las cualidades verdaderas de la personalidad humana.

En Oriente, el arte fué ante todo un lujo del soberano: las maravillas de Nínive y de Babilonia fueron generalmente caprichos de monarcas omnipotentes. El arte oriental era, como tiende á ser, por desgracia, el de nuestros días, la manifestación aparatosa, y ajena á toda moralidad del poder y de la riqueza. Su influencia en aquella civilización fué nula ó nociva.

Por el contrario, en Grecia el arte ofrece su verdadero carácter de representación de la belleza en cuanto responde á los ideales humanos, y expresa por la poesía, la estatuaria y la arquitectura misma las ideas y sentimientos que enaltecen y perfeccionan al hombre. No emplea el artista griego los mármoles de Paros en exhibir el aparato de la riqueza ni en figurar monstruos extraños que infundan pavor en las almas sencillas. La piedra que sus manos modelan con arreglo á una noble inspiración se convierte en símbolo purísimo de la belleza humana, no sólo en la forma corporal, sino también en la majestad serena de una vida potente y armoniosa. La gravedad y la fuerza en el hombre, la gracia y el esplendor de la vida en la mujer son atributos que reflejan admirablemente la estatuaria griega. Su poesía con Homero y Anacreonte, con Píndaro y Sófocles, enaltece el valor, el patriotismo, el goce sano y legítimo de la vida, la alegría, madre de la bondad y de la fuerza. La arquitectura misma conserva las cualidades excelsas del gusto griego; en ella la concepción humana supera á la mole y á la materia; no abrumba la imaginación el exceso de adorno y detalle, no suscita imágenes de opresión y de dominio. Sus líneas sencillas, esbeltas y elegantes, sus fondos abiertos é iluminados por la luz del sol, simbolizan á un pueblo de nobles ideales

humanos, á un pueblo inteligente y libre. Así, el arte griego influyó tan honda y provechosamente sobre las costumbres y los sentimientos de la sociedad que vió su florecimiento. Á su influjo las cualidades de valor, de lealtad, de abnegación cívica, de amor á la verdad, á la belleza, al bien, alcanzaron vigor hasta entonces desconocido. La bajeza, la mezquindad, la deformidad moral, en sus varios aspectos, invadían difícilmente almas hechas á contemplar belleza en la forma y en la acción; en el templo, en la plaza pública, en los juegos nacionales y en el teatro; en el himno religioso, en los discursos del ágora, en el cuerpo arrogante y desnudo del vencedor en noble lid, y en la tragedia de Sófocles ó Esquilo.

Si el arte de nuestros días ha de obrar como instrumento de mejoramiento y de reforma provechosa de las costumbres, debe inspirarse en este sentido del arte griego que reflejaba ante todo el elemento sano, bello, armonioso, social, de la humanidad. Platón quería que se rodeara á la niñez y á la juventud de obras expresivas de la belleza ideal, para que los sentimientos feos é innobles no hicieran presa en su corazón. El arte se alimenta de la simpatía que condensa en un solo pecho los afectos de toda una generación y hace posible su expresión en breve y perfecta copia; pero á su vez es el órgano potente de la convivencia mental y afectiva. Lo que el filósofo griego pedía para la juventud, por ser el espíritu naciente como blanda cera, dócil á toda presión de los agentes externos, lo pedimos nosotros para la sociedad entera. El arte, en cuanto manifestación individual del sentimiento de la belleza, debe consistir en la nobleza y armonía de la conducta y de la forma; en la bondad y en la fuerza; en cuanto nos eleva sin deprimir á los demás; en la sencillez elegante del vestido y de la morada; en lo natural, más que en el artificio; en el brillo de los ojos, más que en el fulgor de los brillantes; en la pureza de las formas y en la naturalidad de los atavíos, más que en la pueril exhibición de objetos costosos que en África penden de la nariz ó de los labios y en Europa del pabellón auricular; que allí oprimen el tobillo, y entre nosotros los dedos ó los brazos. Todo



cuanto en el hombre, en su mobiliario y en su morada, revela, ante todo, fausto y riqueza, sin armonía con las verdaderas necesidades del cuerpo y del espíritu, sólo produce la vanidad y la soberbia, por un lado; la cólera y la envidia, por otro. El lujo, propiamente dicho, es enemigo del sentimiento estético.

El arte que acompaña las manifestaciones del poder público, palacios, jardines, museos, etc., debe inspirarse asimismo en los ideales que mejoran y embellecen la vida: la expresión de la riqueza por sí sola, únicamente es artística para el que carece de verdadero sentimiento de belleza. Lo esencial es la armonía, la gracia, el vigor.

La libertad es inseparable de la expresión propia de la belleza. La uniformidad servil de maneras, de gustos, de vestidos y hasta de ideas que constituyen actualmente la moda, es contraria á la natural y espontánea expresión del sentimiento artístico. La moda se imita sin consideración á su valor intrínseco; es una regla puramente convencional, que ahoga toda espontaneidad nativa. Se apoya más en la riqueza que en el gusto, y al presente constituye una verdadera causa de infelicidad para gran número de personas. No recuerdo qué escritor extranjero afirma que en ciertas capitales de provincia un día de fiesta se conoce en que todo el mundo está de mal humor, preocupado con su impotencia mayor ó menor para aspirar al tipo estético que la moda impone.

La centralización absorbente del ideal de la belleza constituye un grave mal. La belleza, que es armonía, supone siempre riqueza y variedad interior. Reducir á un solo punto la elaboración del ideal en cualquiera de sus aspectos, es disminuirlo. Es preciso, por tanto, combatir la ridícula supremacía de modas exóticas, y cultivar las tendencias que arraigan en la índole de las distintas razas y comarcas.

La nota del arte, de la belleza, es esencial á la vida verdadera del hombre: sin ella la existencia perdería sus mayores encantos. Pero por lo mismo que habla tan hondamente á las almas, por lo mismo que su influencia es tan decisiva en bien ó en mal, es preciso que su expresión res-

ponda á lo que el ideal exige; que el artista busque las fuentes de su inspiración, no en las aguas fétidas de los vertederos, sino en la realidad compleja, pero elevada á superior armonía por el espíritu del hombre; y que la obra de arte, lejos de significar y favorecer el retroceso hacia el egoísmo de la naturaleza inferior, refleje el noble arranque del espíritu humano hacia el progreso y el bien. Es preciso también que todos contribuyamos á esa obra, dirigiendo nuestra vida en todas sus manifestaciones según normas de verdadera belleza, que, como hemos indicado ya, son á la par normas de perfección física y moral.

EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN.





## LAS INSTITUCIONES Y REYES DE ARAGÓN <sup>(1)</sup>

### SEGUNDA PARTE

#### I

Pedro II de Cataluña y III de Aragón, *el Grande*, á quien mejor ciertamente pudiera y debiera llamarse *el Épico*, es una de las más altas y más nobles figuras de la tierra aragonesa.

Dante dijo de él en su *Divina Comedia* que llevó ceñida al pecho la banda de todos los honores.

Y así debió de ser cuando la historia le llama *el Grande* y Aragón puede llamarle *el Épico*, después de su padre el Rey D. Jaime *el Conquistador*, cuya vida es un verdadero y sublime poema de altezas y maravillas.

Tuvo Pedro de Aragón vida azarosa y también azarada.

No hay que recordar aquí ni sus tempestuosas mocedades, á través de cuyos tumultos se dibuja ya su carácter, y por entre cuyas nieblas se vislumbra la sombra de un su hermano bastardo, miserablemente ahogado por su orden en el Cinca, ni sus tristes desacuerdos de familia, ni sus protestas contra la voluntad de su padre, con firmeza con-

---

(1) Véase la pág. 449 de este tomo.

signadas ante San Raimundo de Peñafort; ni ya luego su accidentada lucha con los últimos moros de Valencia, su jornada y su conquista de Montesa, su campaña en lid abierta con los barones de su reino, principalmente los de Cataluña, á quienes acorraló y venció en Balaguer, ciudad que en nuestra historia parece tristemente destinada á ser siempre el postrer baluarte de las patrias libertades, ni su venturosa expedición á Berbería, que merece más honor del que se le tributa, ni otros y otros pasajes de su vida y de su reinado, que fué corto, y solamente duró nueve años, pero nueve años que encierran toda la historia y toda la enseñanza de un siglo.

Pudo tener su vida y tuvo, en efecto, como la de todos, juventud aborascada, ímpetus y desmayos, yerros y temeridades, grandezas y minucias, desventuras quizá con imprudencias buscadas y fatalidades contra las cuales intentó luchar en vano.

Pero hay en ella actos y sucesos que siempre, eternamente, mientras haya mundo, le darán indiscutible derecho á la gratitud de la patria, al recuerdo de la historia y al lauro de la inmortalidad.

Fué D. Pedro el vengador de Provenza, nacionalidad altísima, fatalmente caída en los llanos de Muret, bajo las armas de Francia y las iras del Pontífice. Fué también el libertador de Sicilia la triste, que, víctima de las mismas armas y de las mismas iras, por él remitió su cautiverio. Y fué el salvador de la Corona de Aragón y mantenedor valeroso de la integridad de la patria, el propugnador del Pirineo, que le debió su independendencia por una y otra banda, en toda la extensión dilatada de su abrupta cordillera, y, finalmente, el restaurador justiciero, no sin antes haber sido el conculcador temerario de las libertades públicas de su reino, según reconoció hidalgamente en el discurso que dirigió á sus barones cuando la victoria de Panissars, único ejemplo que en el mundo existe de un Rey vencedor que en el campo de batalla cubierto de cadáveres y despojos y á vista del enemigo en fuga reconoce sus errores y se inclina ante la majestad de la patria.

Al amparo de actos tan superiores y soberanos debe presentársele y sólo por ellos ser juzgado; que ellos son los que descuellan en su historia, y con luz caudalosa apagan las sombras que pudieran avanzar para empañarla.

Comencemos por el recuerdo de Provenza.

Mucho antes de nacer D. Pedro, á principios del siglo XIII, Provenza aparece en la historia como astro de luz, espejo de honor y alcázar luminoso de gloria, noble heredera de la Roma antigua, canéfora gentil que, como Grecia, llevaba la urna de la poesía, del arte, del pensamiento y de los amores, para esparcir por el mundo sus aromas y sus mieles.

Provenza, sin ninguna reminiscencia de Grecia y de Roma, reunía, sin embargo, todos los esplendores de Roma y de Grecia, con sus ciudades, cada una de las cuales enarbolaba la señera de sus libertades políticas y franquicias municipales; con sus códigos, que eran estatuto de buenas costumbres y carta de amparo ó de encomienda para seguridad de todo ciudadano; con sus asambleas de magnates, en que la gloria y el honor eran aspiración suprema; con sus cortes de amor y cónclaves de gentileza, en que las damas dictaban leyes; con sus mesnadas de trovadores, en que el pensamiento libre, dentro del arte y de la belleza, eran inspiración sublime; con sus grandes filósofos, por fin, y pensadores, que buscaban en la doctrina, en el aula, en la cátedra, y hasta en la secta cuando era necesario, los intuitivos ideales de la verdad, de la virtud y de la justicia.

Todo desapareció un día, todo se hundió: civilización y pueblo, lengua y raza, instituciones y genio.

Simón de Montfort acabó con todo; Simón de Montfort, que—á manera de endriago apocalíptico y ángel exterminador de las leyendas provenzales, á quien Francia armó con la espada y la Iglesia con el rayo—apareció ante la infeliz Provenza, acaparador de todas las fuerzas y de todos los odios.

Un millón de hombres desapareció de la faz de la tierra, y allí quedaron solamente comarcas devastadas, castillos en ruinas y ciudades desiertas después del saqueo, domina-

do todo por la soberbia Francia, que apareció como buitre voraz para cernerse sobre tanto horror y tanto estrago y alumbrado todo por las hogueras de la Inquisición, en alguna de las cuales, como la de Montsegur, llegaron á perecer de una sola vez trescientas víctimas, y cuya llamas devoraban también cuantos códices y manuscritos venían á la mano, desapareciendo así para siempre verdaderos tesoros de poesía y de ciencia.

En vano acudió el abuelo de Pedro *el Grande*, llamado Pedro como él y apellidado *el de Muret* y también *el Noble*, con su hueste de catalanes y aragoneses en auxilio y defensa de los perseguidos provenzales. Los campos de Muret fueron teatro de su desastre. Allí, á las puertas de Tolosa, la Atenas del Mediodía, sucumbieron aragoneses y provenzales. Allí pereció la flor de ambas naciones, y allí también murió D. Pedro *el Noble*, levantándose Francia sobre su cadáver.

El Norte venció al Mediodía, y se apagó la luz de aquella civilización, hoy casi desconocida, en la que—aun cuando lo que voy á decir parezca dudoso á los lectores, y, sin embargo, nada más cierto—en la que fueron á buscar la esencia y la doctrina de las modernas libertades los enciclopedistas y precursores de la revolución francesa, los hijos de aquellos mismos que cayeron sobre Provenza, pasando á fuego y á tala sus campos, á saco y á cuchillo sus ciudades.

Jaime *el Conquistador*, hijo del que sucumbió en Muret, ni vengó á su padre ni continuó la política por él iniciada. No así el hijo de *el Conquistador* y nieto del *Noble*, Pedro, llamado más tarde *el Grande*, quien, aun no siendo más que príncipe heredero en 1271—por haber recibido un mensaje de la gente de Tolosa y de Provenza ofreciéndole el señorío de aquellos países, que se negaban á ser franceses—levantó una hueste con intento de invadir la Provenza, arrancándosela á Francia.

Todo lo tenía ya dispuesto el príncipe: alzadas sus banderas, pronta la gente, comprometidos á la empresa altos barones de Aragón, como los de Azagra, de Entenza, de

Urries, de Lizana, de Foces y de Luna, esperando los de Tolosa y Provenza para redimirse del cautiverio de Francia y entregarle el señorío de aquel condado, ansiosos todos de vengar la rota infausta de Muret y de abrir en aquellas comarcas nuevos horizontes y nuevos caminos al predominio aragonés.

Sí, todo estaba dispuesto, y sólo faltaba atravesar la línea de frontera; pero como todo se había ordenado sin noticias del Rey D. Jaime, que andaba á la sazón algo retraído por hallarse en los últimos años de su aborascada vida, en cuanto de ello tuvo conocimiento *el Conquistador*, acudió en el acto á estorbarlo, pues conocida cosa era ya que don Jaime, en años anteriores, solicitado por otra misión y otros destinos, había cedido al Rey de Francia sus derechos sobre Provenza á cambio de otros basados en imaginarias tradiciones carlovingias que pretendía tener el francés sobre el condado de Barcelona.

Á toda su autoridad, reuniendo todas sus energías de viejo, hubo de apelar D. Jaime para impedir que su hijo y los barones que le ayudaban llevasen adelante sus propósitos.

No sin grandes contrariedades paralizó aquella empresa, que de realizarse hubiera sin duda cambiado los destinos de la nación aragonesa, llevándola adonde hubiera ido de seguro con Pedro *el Noble*, si éste, por malaventura, no hubiese sucumbido en los campos de Muret.

Contrariado en sus proyectos, vióse obligado á desistir el entonces príncipe D. Pedro. No le fué posible por el momento vengar á Provenza, vengando á su abuelo. Vengóles pocos años después, en 1285, en las sierras del Pirineo, antes de terminar el siglo que había asistido en sus comienzos á la rota de Muret.

Pero como esto se enlaza ya con las jornadas de Sicilia y campaña del Pirineo, de ellas voy á ocuparme lo primero de todo.

## II

Cuando Pedro *el Épico* subió en 1276 al trono de Aragón, llevaba ya diez y seis años de matrimonio con Constanza, hija de Manfredo, Rey de Sicilia y uno de los más firmes adalides de la causa gibelina.

Constanza, en quien luego vino á recaer el trono de Sicilia, es la que el Dante llama *generatrice*

*dell'onor di Sicilia e d'Aragona.*

Hacía ya mucho tiempo que oía hablar el mundo de güelfos y gibelinos, poderosísimos bandos, partidario el uno de los Papas y de los Emperadores el segundo, influyentes y batalladores partidos, al último de los cuales, es decir, al gibelino, acabó por pertenecer el altísimo poeta sentenciado á ser quemado en estatua, y á quien, sin embargo, tantas estatuas habían de levantarse en el mundo, el mismo del que decían las matronas veronesas al verle pasar por las calles de Verona, sólo y proscripto de Florencia, señalándolo á sus hijos:

—¿Veis ese hombre de túnica roja coronado de laurel? Pues ese hombre ha estado en el infierno.

Todas las cóleras de la Santa Sede cayeron sobre Manfredo el gibelino. Persiguióle el Papa sin tregua ni descanso, sin cuartel, yardiendo en deseos de tener á Sicilia como feudo de la Iglesia, ofreció el reino á Carlos de Anjou, hermano menor de San Luis, que fué Rey de Francia y tío de Felipe *el Atrevido* que entonces lo era. Aceptó Carlos, y con gran poder de franceses pasó á Sicilia para combatir á Manfredo, de cuyas manos debía arrancar el reino que tan rumbosamente le daba el Papa... para cuando lo hubiese conquistado.

Manfredo el excomulgado y Carlos el pretendiente, á la cabeza de numerosa hueste cada uno, se encontraron al



pie de los muros de Benevento, y en sangrienta batalla recogió Carlos de Anjou la corona caída de la yerta frente de Manfredo, cuyo cadáver fué arrojado á los perros que vagaban errantes por las orillas del Verde.

Conradino, gentil mancebo de diez y siete años, sobrino de Manfredo, se presentó á ocupar el trono de Sicilia.

Fué vencido también, hecho prisionero y condenado á muerte.

Vestido de púrpura estaba el cadalso, como dispuesto para regia pompa, encapotado el cielo y oscuro el día, como negándose el sol á presenciar el acto. Con varonil entereza subió el joven Conradino al patíbulo, y antes de entregar al verdugo su cabeza paseó una mirada por la multitud que en la plaza de Nápoles se agrupaba junto al tablado, y descalzando el guante de su diestra, lo arrojó al gentío como en demanda de un vengador.

La tradición y las crónicas sicilianas cuentan que recogió el guante un caballero de Sicilia llamado Juan de Próci-da, quien fué á entregárselo al Rey de Aragón, haciéndole heredero de la venganza siciliana.

Esta leyenda dió origen á un drama de los Sres. Doncel y Valladares, que en los buenos tiempos del romanticismo recorrió con aplauso todos los teatros de España, titulado *El guante de Conradino*, y también, más recientemente, prestó asunto al poema dramático *El guante del degollado*, que vive aún en la escena catalana.

Carlos de Anjou, teniendo por escabel los cadáveres de Manfredo y Conradino, subió al trono de Sicilia, á la que castigó con tanto desafuero, tanta venganza y tanta tiranía, que el pueblo le llamaba *Carlos sin merced*. Y así, víctima infeliz, fué subiendo Sicilia la cuesta de su calvario, hasta llegar el último día de Marzo de 1282, y con él el primero de su libertad. Fué aquél el día terrible y sangriento conocido en la historia por las *Vísperas sicilianas*. Al toque de vísperas, en Palermo comenzó la matanza de los franceses, y el pueblo arboló la bandera de su independencia, arrojando á Carlos de Anjou y fijándose desde aquel momento la atención y las miradas de todos en Pedro de Aragón,

esposo de Constanza, heredera ilegítima de aquel trono.

Al ocurrir el sangriento suceso y catástrofe de las Vísperas, Carlos de Anjou se hallaba en Roma junto el Pontífice, y Pedro de Aragón en Cataluña preparando con urgencia una escuadra poderosa, con todos los aprestos y armamentos de guerra y con mucha gente de armas de mar y tierra, sin que nadie supiera, sólo el Rey, cuál debía ser el destino de aquella fuerza.

Cuentan que uno de los mejores capitanes de la época, el Conde de Pallars, hubo de preguntarle adónde se dirigía, y contestó el monarca que se cortaría la mano izquierda si creyera que ésta podía saber lo que proyectaba la derecha.

Se sospechaba que aquella armada iba destinada á Sicilia, donde el pueblo de las Vísperas comenzaba ya claramente á manifestar su intención de proclamar á D. Pedro, á quien muchos creían secreto instigador del movimiento allí efectuado.

No fué así. La armada, siguiendo la galera real, que marcaba el rumbo y en la que iba D. Pedro, salió de Cataluña y apareció ante las costas de Berbería, apoderándose de Collo, ciudad berberisca, nido de arrojados piratas. Allí mandó el Rey desembarcar la gente, acampando en aquella playa, y comenzó muy tranquilamente y con éxito venturoso sus correrías, como si no tuviese más fin ni más idea que la de someter el país, y como si nada le importase lo que á la sazón ocurría en Sicilia, de la que aparentaba no cuidarse, sin embargo de tener fija en ella, como luego se vió, toda la atención de su alma.

Ocupados andaban aragoneses y catalanes en sus arriesgadas aventuras, llegando á librar con el enemigo verdaderas batallas campales, algunas de ellas mandadas por el Rey en persona. Eran continuos y señalados los hechos de armas y llegada la hora de avanzar y de internarse por el país; pero el monarca, sin embargo, no daba la orden, impacientemente esperada por la hueste. Parecía que sólo pensaba tener la gente entretenida, adiestrándola en escuela militar, como para foguearla, según se diría ahora, sin cui-

darse de avanzar por la tierra sobre la cual había caído en son de conquista con tanto poder y estruendo. Así permanecía tranquilo, intranquilo tal vez allá en su fondo, sin abandonar los muros de Collo, cuando un día se vió aparecer un buque extranjero que llevaba enarbolado el pendón de Sicilia.

Llegaba en él una embajada siciliana. El Parlamento, convocado solemnemente en la ciudad de Palermo, había decidido llamar al Rey D. Pedro de Aragón, *príncipe de alma grande y de gran valor, con derecho indisputable á la corona y que se hallaba precisamente muy cerca al frente de un ejército aguerrido*, ofreciéndole la corona de Sicilia con la condición de observar y guardar las prácticas y costumbres del tiempo de Guillermo el Bueno.

Al llegar los embajadores sicilianos con este mensaje, D. Pedro reunió á sus barones y capitanes, aceptando la corona que se le ofrecía.

Y como las circunstancias apremiaban, pues ya Mesina estaba sitiada por fuerza de Carlos de Anjou, y la suerte de Mesina podía arrastrar la de Palermo y de Sicilia toda, dió D. Pedro terminantes órdenes para abandonar su campaña de Berbería y partir á Sicilia. En tres días estuvo todo dispuesto y embarcada la gente, y cuando el Rey subió á su galera, el último de todos, mandó que la marinería bajase á tierra y prendiera fuego á la ciudad por varios puntos.

Así se ejecutó, y aquella misma noche, al rojo resplandor del incendio que convertía á Collo en vasta hoguera, luminaria precursora de altas empresas, zarpó la flota é hizo vela hacia Trápani, adonde llegó el 30 de Agosto de 1282 aquel que, como dijo el gran poeta,

*d'ogni valor portó cinta la corda.*

Ocurrió entonces todo aquel asombro y maravilla de sucesos que refieren largamente las historias. D. Pedro llegó á Palermo, donde fué recibido con todos los estrépitos y todos los esplendores del entusiasmo popular, cayendo nubes

de flores á sus plantas y agrupándose el pueblo en torno de su caballo á los gritos repetidos de *¡salud y bienandanza al que viene á librarnos de Carlos sin merced! ¡Dios dé vida al Rey de misericordia!*

Los triunfos se iban encadenando. Mientras que D. Pedro ante las Cortes del Reino restauraba las leyes y franquicias, asegurando las libertades del país y declarando que *el bien de los súbditos es el bien del monarca y que la libertad salva lo que el despotismo destruye*, sus almogávares, milicia que aún no ha encontrado rival en la historia, especie de huracán viviente que todo lo arrasaba apellidando *¡Hierro, despiértate!* le hacía dueño de las comarcas y ciudades de Sicilia, y sus escuadras, marina que iba á ser la primera del mundo, entraban en los puertos remolcando las galeras cautivas con la popa al revés y con las señeras de Carlos de Anjou á rastras por el mar.

De victoria en victoria marchaba el Rey de Aragón, haciéndole sus almirantes señor de aquellos mares y sus capitanes de aquellas tierras, de donde hubieron de salir despedidos y arrojados Carlos de Anjou y los suyos.

Entonces fué cuando este último desafió á D. Pedro, retándole á combate personal; entonces también cuando el Papa lanzó sobre él la excomunión y el anatema, declarándole enemigo de la Iglesia y desposeído de los reinos de Aragón, cuya investidura ofreció á Carlos de Valois, hijo segundo del Rey de Francia, Felipe *el Atrevido*.

El mundo todo pareció venírsele encima á D. Pedro; pero nunca más arrogante actitud contestó á más sañuda persecución ni á más procaz anatema.

Dispúsose á partir de Sicilia, dejando en ella por Reina regente á su esposa D.<sup>a</sup> Constanza y á sus hijos, y al partir pronunció ante el Parlamento esta oración, que es modelo en su género:

«Fuerza me es abandonar esta tierra, de mí ya tan amada como mi patria. Parto para ir á confundir delante de la cristiandad á nuestro soberbio enemigo, para ir á vengarme y á vengaros, sosteniendo en solemne juicio de Dios la legitimidad de mi derecho y la razón del vuestro. Nuestra

empresa ha sido bendecida por el Señor; lejos está ya de Sicilia el enemigo; perseguido y postrado en tierra firme; restauradas vuestras leyes y franquicias, creciendo vosotros en gloria, en riqueza y en bienes. Os dejo al partir una flota vencedora, capitanes probados, ministros fieles, una Reina vuestra y mis hijos, los sobrinos de Manfredo. Estos jóvenes, la más cara parte de mis entrañas, á vosotros los fío, ¡oh, sicilianos! y en vuestro poder quedan, que todo lo cedí yo á la fortuna por amor á vosotros, nombre, persona, reino, familia y hasta mi alma misma.»

Oración mucho más breve, y no de menos sublimidad y elegancia, debía pronunciar luego en Aragón ante los próceres del Reino al saber definitivamente que el Pontífice le excomulgaba, declarándole desposeído de los reinos de Aragón, Cataluña, Valencia y Sicilia.

—Pues no quiere el Papa—dijo—que me titule Rey de Aragón, en adelante me llamaré Pedro, caballero de Aragón, padre de dos Reyes y señor del mar. Poco cuesta al Papa dar reinos que no son suyos y poco aceptarlos á quien nada cuestan; pero como estos reinos fueron ganados por mis abuelos á costa de su sangre, á costa de la mía deberá adquirirlos quien los quiera.

### III

Al partir D. Pedro de Sicilia, por él liberada y ya por los suyos regida, cuidó lo primero de acudir al combate á juicio de Dios á que le citara y emplazara Carlos de Anjou.

Debía el duelo efectuarse en Burdeos, ciudad entonces del Rey Eduardo de Inglaterra, y á presencia de éste; pero el Papa Martín IV escribió á dicho monarca que no permitiese de ninguna manera el combate entre Carlos de Anjou, *hijo carísimo de la Iglesia, y Pedro el excomulgado, perseguidor de la Iglesia, en otro tiempo Rey de Aragón.*

Aun cuando Eduardo de Inglaterra se negase á dar campo, no quiso D. Pedro faltar á su compromiso de honor, y

decidió por lo mismo presentarse en Burdeos, empresa ciertamente difícil y temeraria, ya que, á más de tener que atravesar comarcas enemigas, corría el peligro de caer en manos de Felipe *el Atrevido*, que hizo avanzar sus tropas, situándolas en las cercanías de la ciudad y también en diversos puntos del camino que debía seguir el monarca aragonés, eontra el cual se consideraba perfectamente legal cuanto pudiera ejecutarse, por estar fuera del derecho común, como excomulgado y bajo el peso de los rayos de la Iglesia.

El duelo de Burdeos, que en el fondo era una celada tendida á D. Pedro, y para el que se había levantado un palenque con gradas, tiendas y empalizadas, tenía extraordinaria resonancia por toda la cristiandad, excitaba la pública atención y llamaba gente que de todas partes y en tropel acudía, deseosa de presenciar aquel caballeresco juicio de Dios, llamado á dirimir la contienda de los dos poderosos soberanos que en tal desasosiego tenían entonces al mundo con el estruendo de sus luchas.

Entre las comitivas que se dirigían á Burdeos para presenciar el combate, hubo una á cuyo frente marchaba un llamado Domingo de la Figuera, mercader famoso y tratante en caballos, universalmente conocido como concurrente á toda feria, mercado ó fiesta.

A todas partes iba con numerosa comitiva, siempre al atisbo de su negocio, ejerciendo su oficio, que era principalmente el de compra y venta de caballos. Hombre de tales circunstancias no podía malógrar ocasión como la que le ofrecía Burdeos en aquel acto.

Allí se dirigió, pues, Domingo de la Figuera, y como el mercader viajaba siempre con cierta ostentación, iba acompañado de cabalgaduras y mercancías, de tres criados ó sirvientes pobremente vestidos, que cuidaban de los caballos y dormían en la cuadra, y de uno de sus hombres de confianza, especie de mayordomo, de mejor vestir que los criados, aunque de humildes arreos, quien le servía á la mesa en las posadas, tratándole con respeto y también con temor, pues que á veces ocurríale al mercader, hombre de

baja alcurnia y cepa plebeya, atribuirse aires de gran señor, riñendo desenfadadamente á aquel mozo delante de todos, y á voces descompasadas, por cualquier ligera falta en el servicio.

Pues bien, este mayordomo de Domingo de la Figuera era el Rey de Aragón, que vestía mallas bajo su humilde traje y su ferreruelo azul con caperuza, llevando en la mano una azcona montera, y los tres sirvientes mozos de cuadra encargados de dar el pienso á los caballos eran tres de los más altos barones de la nobleza: se llamaban Blasco de Alagón, Berenguer de Peratallada, capitanes famosos, y Conrado de Llanza, el almirante rival de Roger de Lauria.

Del mismo disfraz y parecido artificio hubo de valerse más tarde Fernando *el Católico*, cuando entró de incógnito en Castilla, debiendo cruzar por entre fuerzas enemigas para ir á casarse con Isabel *la Católica*.

Llegó aquella comitiva á Burdeos la víspera del día señalado para el combate.

Todos los alrededores de la ciudad estaban ocupados militarmente por gente de armas francesa y el palenque desierto y abandonado, pues ya era bien sabido que no acudía Carlos de Anjou por haberle prohibido el Papa comparecer so pena de graves censuras, y nadie podía imaginarse que osara presentarse D. Pedro, expuesto á perder allí su libertad y su vida.

No obstante, se presentó.

El senescal de Burdeos por el Rey de Inglaterra, que lo era Juan de Greilly, recibió aviso de que en el palenque le aguardaba un mensajero del monarca aragonés. Acudió el senescal, y acercándose á él un caballero encapuzado, le dijo:

—Señor senescal, á vos me envía el Rey de Aragón para que me digáis si podéis asegurarle en la ciudad de Burdeos, ya que él está pronto á presentarse al combate con sus caballeros.

La contestación del senescal fué que bajo ningún pretexto se presentase D. Pedro, por estar allí el Rey de Francia y Carlos de Anjou con gran golpe de gente, dispuestos á apoderarse de su persona y darle muerte.

Preguntó entonces el desconocido al senescal:

—¿Conocéis vos al Rey de Aragón?

—Sí, le conozco porque le vi en Toledo no ha mucho tiempo, cuando allí fué á vistas con el Rey de Francia.

—Guardad, pues, si me conocéis—dijo entonces D. Pedro, echando atrás su caperuza azul.—Yo soy el Rey de Aragón, y si el de Inglaterra, y vos en su nombre, podéis asegurarme el campo, pronto estoy á entrar en él con mis caballeros.

Y en seguida, picando su caballo, dió dos ó tres vueltas por el palenque, como para tomar posesión. Acercósele el senescal y dijo al temerario monarca que cuanto antes partiese, pues su persona y vida corrían inminente riesgo, ya que él no podía ampararle ni menos asegurarle campo en nombre propio ni en el de su señor, por no tener casi ninguna autoridad en Burdeos, encontrándose poco menos que en poder de los franceses. Pero el Rey, sosegado y tranquilo, le contestó que de allí no partiría sin un documento librado por él en buena forma, en que se testificase cómo el Rey de Aragón había hecho acto de comparecencia en Burdeos y en el palenque, retirándose sólo cuando á nombre del Rey de Inglaterra se le dijera que no podía asegurársele el campo.

Y así fué.

Sólo al recibir este documento, firmado por el senescal y cuatro caballeros, se retiró el monarca.

#### IV

Regresó D. Pedro á sus reinos de Aragón, donde las cosas públicas solicitaban su presencia con insistente apremio.

Después de repetidas negociaciones entre el Papa y la corte de Francia, Felipe *el Atrevido* había aceptado para su segundo hijo Carlos de Valois la corona de los reinos de Aragón, que tan liberalmente le ofreciera el Pontífice, como



cosa que poco le costaba dar por no ser suya. Un legado del Papa dió la investidura de los reinos á Carlos de Valois, y la ceremonia se celebró con el extraño rito de poner el cardenal su capelo en la cabeza del joven príncipe, á guisa de corona, por lo cual después en todos los dominios aragoneses el príncipe francés fué siempre llamado, por burla y escarnio, *el rey del chapeo*.

Terminada aquella ridícula ceremonia, predicóse la cruzada contra D. Pedro, concediendo el Sumo Pontífice honras, dispensas é indulgencias, como si de una cruzada contra infieles se tratara, que no contra cristianos. Pero Felipe *el Atrevido* sabía bien que corona con tanta facilidad cedida difícilmente sería alcanzada, y por lo mismo mandó que se reuniera una hueste de 150.000 infantes y 19.000 caballos, con crecidísimo número de vivaldos y guardas de bagaje, 150 galeras y número igual de naves de transporte.

Nunca se había visto á un príncipe cristiano acometer con más pompa más formidable empresa contra otro príncipe cristiano, legitimándolo todo el Papa, que mandó predicar la cruzada por todo el mundo católico, como si únicamente quisiera recoger los sentimientos religiosos de todos los fieles para arrojarlos en huracán desencadenado sobre el trono de D. Pedro.

Éste se dispuso á resistir solo, abandonado de todos los Reyes, hasta de los mismos que, como el de Castilla y como el de Inglaterra, se habían obligado por palabra y por tratado; sólo y abandonado hasta de sus mismos súbditos. Porque es así: catalanes y aragoneses estaban descontentos de su Rey, á quien culpaban de tirano y violador de las públicas libertades, cosa para el país preferente y superior á todo.

Y así tuvieron el valor de decírselo, y así tuvo el Rey la abnegación de escucharlos y atenderles, que tales eran aquellos varones y tales aquellos monarcas.

Los aragoneses, reunidos en Cortes, cuando ya el francés iba á invadir el territorio, presentaron al Rey su memorial de agravios y le manifestaron que no salían contra el enemigo ni luchaban, porque allí no había patria donde no había libertad.

*Aragón*, le dijeron, *no consiste ni tiene su principal ser en las fuerzas del reino, sino en la libertad, siendo una la voluntad de todos que cuando ella se acabe, fenezca el reino*. Tal fué el lenguaje con que se dirigieron al monarca las Cortes celebradas en Zaragoza aquel año de 1283, y así hablaban aquellos aragoneses, que *no estaban sometidos ni á la arbitrariedad del poder ni á la de la plebe, sino á las leyes dadas por todo el pueblo*. Hubo D. Pedro de reconocer la razón y confirmó cuanto pidieron.

De ahí arranca el famoso privilegio de la Unión, que tenía hasta la facultad de hacer reyes, según frase de un sucesor de D. Pedro, donde está virtualmente consignado el *si non, non*, que tanto se ha debatido.

A su vez los catalanes, convocados también en Cortes, usaron del mismo lenguaje con el Rey y hasta llegaron á más, según decir de las crónicas.

Presentáronse un día al monarca vistiendo mallas y embrazando escudo, pero ni llevaban hierros en sus lanzas ni en las vainas puñal ni espada, indicando con esta demostración que quienes no eran libres no podían ni debían usar armas, sólo á hombres libres concedidas. También entonces D. Pedro reconoció el derecho de todos y el deber suyo, y recopiló y confirmó en un privilegio cuantos habían reconocido sus antecesores á los catalanes.

De ahí el *Recognoverunt próceres*, en que se afirmaron y aseguraron las libertades del país.

Ya desde aquel momento, y á partir de estos dos actos, en Aragón y en Cataluña, borradas quedaron las desavenencias que entre la Nación y el Príncipe existían. Todos acudieron á las armas, todos se agruparon en torno del Rey, y éste vió aparecer como por encanto, como si brotaran repentinamente de las entrañas de la tierra, huestes enteras, armadas y dispuestas para el combate. Ya todos eran unos, y unidos todos en un solo pensamiento y aspiración común; ya todos iban á combatir por el país, es decir, por la libertad, que era allí la libertad *riqueza, patrimonio y substancia del reino*; ya los rebeldes de la vispera eran los adalides del trono; ya, por fin, el perseguido y el vencido en

Balaguer, Ramón Folch el de Cardona, héroe y cabeza de los insurrectos, se disponía á ser el defensor inmortal de Gerona, adelantando en seis siglos la maravillosa heroicidad de Alvarez de Castro.

Y llegó entonces la epopeya de aquel reinado.

Pero ¿á qué contar, á qué? ¿á qué referir aquí con detalles lo que sobradamente y con documentos vivos nos refieren las historias, lo que más que narrarse merecería cantarse con el color y con los vuelos de la epopeya? Porque aquello fué sencillamente una gran *Iliada*, que está seis siglos ha esperando su Homero.

No hay que hablar, no, de toda la serie de jornadas, de batallas, de hechos de armas y de combates navales, que constituyen un volumen y que forman como un torbellino de gloria y de hazañas empresas, algo como una tempestad, como un huracán, como una conjunción de rayos cayendo sobre el monarca y sobre sus reinos, de entre todo lo cual debía salir D. Pedro vencedor y glorioso y libres y pujantes y omnipotentes sus reinos.

La entrada de los franceses con su hueste formidable, el paso de los Pirineos debido á traición, el incendio de Peralada, las jornadas del Ampurdán, la resistencia de Besalú, las refriegas de Llers, el avance de los enemigos por un país que se erizaba en armas y en iras al sentirse hollado por la planta del extranjero; el sitio memorable de Gerona, su heroica defensa por Ramón Folch, las victorias marítimas de Roger de Lauria, no en vano apellidado el rey del mar; la llegada á Barcelona de las galeras vencedoras conduciendo prisioneras las naos francesas y cautivos en ellas sus capitanes y almirantes; la retirada de los franceses, que habiendo entrado en número que no tenía cuenta, salieron en número que podía contar cualquiera; el regreso por los Pirineos, cuyos peñascos se convirtieron en vengadoras Termópilas; la gran jornada de Panissars, en que D. Pedro, propugnador del Pirineo, lo libertó por una y otra parte, constituyendo un Pirineo nuestro, nacional, libre en toda su extensión de toda servidumbre, todo esto constituye una luminosa crónica de hazañas y jornadas que no cabe cier-

tamente en un volumen, y que, como había de decir más tarde un sucesor de D. Pedro, *antes nos faltara luz del día que asunto para narrar.*

Y ya con esto se ha dicho todo. Ya con esto queda consignado cómo se aseguraron las libertades de los reinos, cómo fué vengada Provenza en los Pirineos y vengada gloriosamente la muerte de Pedro *el Noble* en los llanos de Muret; cómo quedó libre Sicilia y en dominio de Aragón por largos años; cómo fué derrotado uno de los ejércitos más poderosos que Francia levantó jamás; cómo D. Pedro *el Épico*, triunfante á la vez de sus enemigos y de los rayos, aún más temibles entonces, de la Iglesia, afirmó en sus sienes la corona, de la que el Pontífice se dió demasiada prisa en disponer, y cómo, finalmente, quedó franca y confirmada la libertad de los Pirineos, que así hubieron de permanecer y así los hallaron y afirmaron los *Reyes Católicos*, hasta que más tarde, por errores nunca bastante lamentados, vino á dividirse lo que era indivisible por ser sustancia y esencia del país, destruyéndose la obra de Pedro *el Grande*, que cayó deshecha bajo el peso de concesiones poco meditadas y de tratados atentatorios á la integridad de España.

Y todo esto, todo ese relampagueo de glorias, toda esa vía láctea de heroísmos, todo ese tumulto de arrestos y derroches y empresas y gallardías, todo aparece coronado por la oración que dirigió D. Pedro á sus barones, á sus capitanes, á los representantes de la Nación y del pueblo, allí congregados en la cumbre del agrio Panissars.

«Dios Nuestro Señor—les dijo—nos concede la victoria. Á misericordia suya se debe, que no á méritos nuestros. Con gozo y alegría entraron los franceses en nuestra tierra; con dolor y con llanto se retiran. Mayor contentamiento tuviéramos si esta tierra hubiese sido menos dañada, lo cual no fué por vuestra culpa, sino por la mía. No hubiera sucedido á seguir yo vuestro consejo, que leal y bueno me lo dabais. Por esto os digo ahora y os confieso que erradamente me conduje, y ya que el Señor Dios, á quien no place orgullo, sino humildad, se ha dignado favorecernos, yo aquí, ante vosotros, me complazco en confesar y reconocer mis yerros,

así como lo que os debo por el auxilio que me prestasteis y por la buena y leal voluntad con que me acudisteis. Si algo hice en vuestro desplacer, perdonado me sea por amor á mí. Y ya que Dios permitió que venciéramos á nuestros enemigos, tomemos venganza de ellos, no con el rigor, sino con la misericordia, que tenerla debemos de ellos, pues el Señor la tuvo de nosotros.»

Y ya nada más después de página tan elocuente.

Dos meses más tarde fallecía D. Pedro. No parece sino que la Providencia adelantó su muerte como para demostrar que no debía llegar á más, y que después de tan grandiosas y épicas empresas, era hora que desapareciese aquel hombre, cuya agigantada figura podía menguar, andando el tiempo, por otras acciones no acomodadas tal vez á las que tuvo ocasión de realizar.

Tal fué D. Pedro.

Y así como sus glorias no encontraron aún su Homero, así sus pueblos no le han levantado estatuas todavía.

Pero será.

Aragón, Cataluña, Valencia, España toda, que de España es gloria, conocerán algún día que ésta es su deuda de honor, y siempre pagaron sus deudas de honor los hombres honrados y los pueblos nobles.

VÍCTOR BALAGUER.





## ESTUDIO HISTÓRICO

DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO MÉDICO ESPAÑOL  
DEL SIGLO XVI

# NICOLÁS MONARDES

---

*(Continuación)* (I).

Hasta en los menores y más insignificantes detalles de su vida se observa siempre al hombre estudioso y de conocimientos muy superiores á la generalidad, que se eleva sobre el nivel común de una manera espontánea y sin que por nadie se ponga en duda su enaltecimiento, pues responde á la calificación honrosa que unánime brota de cuantos conocen sus hechos, y están prontos á premiar con el galardón del aplauso á quien esparce por doquier el reflejo de actos meritorios debidos al estudio concienzudo realizado por una inteligencia de primer orden.

Es un dato biográfico importante de Monardes la circunstancia de haber intervenido, en unión del licenciado Olivares y el Dr. Cabra, en el reconocimiento del canó-

---

(I) Véase la pág. 492 de este tomo.

nigo magistral de la Catedral de Sevilla Constantino de la Fuente, según consta de una certificación expedida en dicha ciudad el 10 de Mayo de 1556, con motivo de haberse excusado éste de predicar un sermón, cuya excusa, fundada en la falta de salud, sospechábase, y con fundamento, que tenía por verdadero motivo las heréticas doctrinas del referido sacerdote.

Sin embargo, la opinión de Monardes y sus compañeros fué que el Dr. Constantino de la Fuente se hallaba enfermo en realidad é imposibilitado para verificar una lectura, predicación ó acto público sin comprometer su vida, ó por lo menos sin que sufriese graves detrimentos. La certificación en que así lo consignaron se inserta al fin de este trabajo, tomada de las Actas del Cabildo de Sevilla, relativas al nombramiento de la canonjía magistral, vacante por muerte del Dr. Egidio, que fué el antecesor del referido La Fuente y cuya vacante ocupó después, curioso documento histórico que se consigna en la muy notable obra titulada *Historia de los heterodoxos españoles* de D. Marcelino Menéndez Pelayo, de cuyas páginas la he transcrito.

Este hecho prueba que el Dr. Monardes ejercía en su tiempo la medicina en Sevilla, con fama de buen clínico, y que sus especiales conocimientos y decididas aficiones al estudio minucioso y detenido de las sustancias que se empleaban como medicamentos nuevos no eran obstáculo ni estorbaban que se consagrara á la clínica, y en el ejercicio práctico de la medicina presentábasele multitud de ocasiones en que aprovechar sus conocimientos en las ciencias afines, en que tanto brilló y donde su nombre figura con justicia como una de las lumbreras que honran nuestra patria.

No consta, ni se consigna en parte alguna, que se concedieran á Monardes honores oficiales de los que se podían adjudicar en aquel tiempo, correspondientes á su científico mérito y su valía profesional en todas las esferas. Bastóle tan sólo la pública consideración y la general estima que tributó la voz de las gentes al escritor que tan alto puso su nombre con libros que recorrieron el mundo culto

y merecieron los honores de la múltiple traducción á extranjeros idiomas, llegando hasta nuestros días cual fidelísimos testimonios é irrecusables pruebas del mérito de quien los concibió.

Según datos existentes en el archivo municipal de Sevilla, poseyó Monardes casas en la principal calle de esta ciudad, ó sea en la de la Sierpe, lo cual comprueba que era persona de algún capital, adquirido indudablemente con su meritorio trabajo, que le valió no sólo alcanzar un nombre ilustre, sino también provecho material, circunstancia que no suele con frecuencia presentarse, pues los que han merecido el dictado de sabios no han sido muy favorecidos con los dones materiales de la fortuna, tan ilógica y caprichosa en su distribución.

Es Monardes una figura tan saliente en la historia de las ciencias médicas en nuestro país, sobre todo en la interesante parte farmacológica, que no puede menos de pronunciarse su nombre con veneración y respeto por todo el que se consagra con verdadera fe á los estudios de Farmacia y materia médica, en la seguridad de haber tenido multitud de ocasiones de apreciar su valor al adquirir las ideas que constituyen el precioso caudal de sus conocimientos y la práctica de la ciencia que profesan, como se recuerda siempre con beneplácito á los que han impreso sus huellas señalando derroteros nuevos en el camino del progreso.

La historia debe recoger avara cuanto á este personaje se refiere, en la seguridad de hallar en sus trabajos las fuentes de donde parten gran número de ideas utilísimas, relativas al descubrimiento de muchos medicamentos que ha sancionado el tiempo con inapelable fallo y ha puesto de relieve el mérito de quien los dió á conocer y describió por vez primera, prestando á la ciencia y á la humanidad utilísimos servicios que deben en toda ocasión recordarse con gratitud extraordinaria.

Estudiar la vida y escritos de Monardes es lo mismo que recorrer algunas de las páginas de un importante período de la historia de la Farmacia y de la Medicina en España, en el siglo XVI, puesto que, como acontece con Andrés



Laguna, Acosta y otros varios, de la misma centuria, representan ilustres personalidades que por sus estudios, talento, descubrimientos, erudición, trabajos y publicaciones, llamaron la atención general y constituyeron esa gloriosa é inolvidable pléyade de sabios cuyo recuerdo es imperecedero. Por eso el conocimiento de Monardes no sólo ofrece un interés científico, sino toda la simpatía que inspiran las noticias referentes á una de nuestras glorias nacionales.

Recordar, pues, su nombre, con verdadero deleite, es un deber de todo el que ha saludado las ciencias médicas ó sus auxiliares, y al propio tiempo que inspira veneración y respeto este recuerdo, enorgullece sobremanera el considerar que ha sido España la cuna de una celebridad científica que ha merecido no sólo cernerse en los horizontes purísimos á que sublima la fama en un país como el nuestro, donde no siempre se enaltecen glorias propias, sino que ha traspasado sus fronteras, y ha conseguido universal renombre.

Aun cuando no se observen en el trascurso de su vida esos hechos que puedan interesar vivamente, ya por atrevidos, extraordinarios ó novelescos, ó por ruidosos en cualquier sentido, basta á enaltecerle y aun á inmortalizarle la inmensa suma de laboriosidad y el torrente de inteligencia que supone el catálogo de sus obras y los rasgos de ingenio, experiencia y oportunidad que hay acumulados en ellas, para que nadie vacile colocar sobre su frente la corona del héroe de la ciencia que, merced á su estudio, se abre paso entre la generalidad de sus contemporáneos y sucesores.

Su retrato existe en la Biblioteca Colombina, pintado el año 1860 por el distinguido artista D. Matías Barrón, que tuvo por modelo un grabado de la época, realizado en madera, cuyo grabado existía en la edición de la *Historia medicinal* de 1569.

Por los datos que se tienen relativos al particular, se supone fundadamente que debía representar con bastante fidelidad los rasgos de la fisonomía del ilustre personaje,

aun tomando en cuenta lo defectuoso del artístico trabajo.

No debe confundirse á Nicolás Monardes con el médico sevillano también de la misma centuria Juan Bautista Monardes. Hay algunos autores que incurren en esta equivocación, atribuyendo al primero, ó sea al que biografamos, la obra titulada *Pharmacodilosis*, diálogo compuesto en Sevilla en 1536, en folio á dos columnas, de 8 folios, cuando en realidad es de Juan Bautista, y figuran en ella dos interlocutores, uno médico llamado Nicolás y otro boticario llamado Ambrosio.

No hay, por tanto, que adjudicar á Nicolás Monardes la paternidad de un opúsculo que no le pertenece.

Respecto á este asunto cítase en la *Historia de la Farmacia*, de Chiarlone y Mallaina, que existió un médico en Ferrara llamado Juan Monardi, al que suponen los referidos autores que tomara por modelo Nicolás, y que tal vez haya sido ésa la causa del error haciéndole español, y aseguran además que el tal Juan Bautista Monardes no ha existido, por no mencionarlo los historiadores ni haber datos exactos acerca del mismo.

No acepto, sin embargo, esta opinión, pues estudiada detenidamente la obra *Pharmacodilosis*, de Juan Bautista, se propone fines distintos por completo de aquellos á que Nicolás aspiraba en sus principales libros.

Debe, pues, procurarse no establecer confusiones entre Nicolás y Juan Bautista Monardes, sino deslindar bien lo perteneciente á uno y á otro, pues son dos personajes distintos aun cuando existía la rara y aun extraña coincidencia de llevar los dos un mismo apellido, ser contemporáneos y médicos ambos, naturales de Sevilla uno y otro y escritores dedicados á igual especialidad de la carrera; pero hay, sin embargo, una gran diferencia en cuanto al mérito de ellos, puesto que Juan Bautista, autor de la obra llamada *Pharmacodilosis*, no puede experimentar la comparación con Nicolás por su importancia científica ni tampoco por el número de los trabajos que brotaron de la privilegiada pluma de este último, para quien la posteridad ha señalado un glorioso puesto en la historia.

Toda la vida de Nicolás Monardes puede, pues, compendiarse en las siguientes etapas:

Primero, el estudiante aplicado y lleno de ilusiones que acude á una de las más célebres Universidades españolas, ávido de saciar su sed de ciencia con los copiosos raudales que brotaran de aquellas memorables aulas, cuna de tantos genios ilustres.

Después el médico práctico y el investigador curioso que, á fuerza de estudio, llega á colocarse en la vanguardia de la cultura científica de su tiempo.

Por último, el coleccionista de sustancias y el escritor ilustre que se inspira en el libro de la naturaleza para dar á las producciones que salen de su pluma todo el carácter de originalidad, interés, atractivo, novedad y mérito suficientes para llamar la atención del mundo sabio, y que por unánime sufragio se le otorgue el dictado de erudito en la especialidad á que se consagró.

Por eso, con el transcurso de los años, lejos de perder ha ido ganando en prestigio á medida que las sucesivas generaciones han conocido sus trabajos para rendirle el homenaje debido y hacer completa justicia á su memoria, guardando un sagrado respeto á tan egregio nombre, que supo en aras de su propio talento elevarse á las puras y serenas regiones donde, por pertenecer á la historia, no llegan ya las censuras de la maledicencia ni los envenenados dardos de las pasiones.

El ilustre y por tantos títulos respetable escritor don Nicolás Antonio condensa en las siguientes frases latinas toda la biografía de Monardes, que forman efectivamente la más acabada silueta del personaje, cuando la da á conocer en su *Bibliotheca hispana nova sive hispanorum scriptorum. Nicolaus Monardes, hispalensis, doctor medicus, Compluti hanc artem didicit, Hispali apud suos exercuit, celebrior adhuc his scriptis. Ó lo que es lo mismo, Nicolás Monardes, sevillano, doctor en Medicina, estudió en Alcalá, ejerció en Sevilla y fué célebre por sus escritos.*

Las breves palabras que acabo de copiar dicen todo lo que pudiera exponerse en muchas páginas, pues condensan

los hechos más culminantes que han motivado la celebridad del médico sevillano. ¡Cuánto se encierra en tan pocas líneas! Pueden constituir honroso y lacónico epitafio propio para colocar en el sepulcro que encerrase los restos de una celebridad, tan conocida y divulgada que no necesitase más que pronunciarse su nombre para que fuera saludado con singular veneración, cual sucede al individuo que forma el objeto de este estudio. Es el privilegio de los hombres ilustres. Por eso no he podido menos de hacer alguna reflexión acerca de unas frases que en su aparente sencillez contienen un mundo de ideas.

Así es que Sevilla, la tercera capital de España, puede hoy muy bien vanagloriarse en sus gratos recuerdos, no sólo con haber sido cuna de artistas y poetas ilustres cuyos nombres llenan el mundo, como lo prueban entre otros muchos Murillo, Herrera, Céspedes, Rioja y Lista; de poseer monumentos de fama legendaria universal; museos que atraen las miradas de todo el que tenga el más elemental rudimento de la estética; recuerdos históricos que se guardan como joyas en sus gloriosos archivos, unidos á algunos de los *nombres de los Caballeros veinticuatro* y de los *Asistentes* de memoria eterna, sino también por contar entre sus hijos predilectos á un hombre de ciencia cuya modestia no ha sido, sin embargo, obstáculo para que la opinión le haya premiado con esa celebridad que otorga á los que tienen sobresaliente mérito.

Por mucho que sus biógrafos hayan encomiado sus cualidades y enaltecido su mérito, jamás podrá decirse que han traspasado los límites de lo justo y penetrado en el terreno de la exageración ó del panegirista obligado; pues los estudios que Nicolás Monardes hizo de gran número de cuerpos que son del dominio de la materia médica, le colocan al nivel de los primeros sabios de su tiempo y es causa de que su nombre sea imperecedero en los anales de la ciencia, atravesando incólume las edades sin perder en lo más mínimo su importancia y prestigio.

Su nombre, sí, tendrá siempre inmensa resonancia en la historia científica española, por las sobresalientes cualida-

des que reunía el personaje, de tal suerte que en una centuria—no escasa, por ventura nuestra, en celebridades—logró descollar y ser uno de los faros que alumbraran el ancho campo donde los conocimientos se cosechaban, y que se cite por extranjeras plumas con igual elogio que por las obras españolas un nombre á quien la posteridad ha hecho la debida justicia, después de apreciar debidamente el valor de sus producciones y meditar acerca de su alcance.

Es indudablemente una de las fragantes flores de la corona de gloria que la ciencia española del siglo XVI puede ofrecer á la contemplación de todo el que dirija una mirada inteligente á ese próspero período de nuestros conocimientos, en que se ve lo mismo la tendencia generalizadora que abarca en grandes síntesis multitud de luminosas ideas, que el talento analítico y minucioso que realiza portentos en sus fructíferas investigaciones. En uno y otro concepto distinguióse Monardes, como atestiguan de una manera fehaciente sus obras.

Su aparición puede considerarse en los anales de la ciencia como providencial, porque tuvo la oportunidad de dar á conocer sustancias de grandísimo interés cuando apenas habían sido descubiertas, contribuyendo de tal suerte á fijar la atención pública en las mismas y á darles el verdadero valor que debían tener ante los ojos del hombre dedicado al estudio, que no acoge sin maduro examen y reflexión tenaz lo que se presenta con el carácter de novedades y progresos.

Dichosos los que, como él, no se marchitan las flores de su tumba á través del tiempo, sino que parecen brotar más frescas, espléndidas y lozanas, á medida que trascurren los siglos, como si formaran contraste notable el que durante su existencia amó la modestia y oscuridad de la penumbra y las generaciones sucesivas que le ostentan á porfía ante los claros y deslumbradores rayos del fulgente sol.

## V

## DOCUMENTOS

**Una certificación de Monardes y de otros dos médicos de su época.**

«Documento copiado de las actas del Cabildo de Sevilla, relativas al nombramiento de la canonjía magistral vacante por muerte del doctor Egidio.»

«Lunes 11 de Mayo de 1556.»

«En este día, Alonso Guerrero, Procurador que mostró ser del Doctor Constantino, presentó una fe de notario que dice así:

.....

«Y últimamente la siguiente fe de los médicos, para probar con ella que su parte no podía predicar ni leer sin gran perjuicio de la salud y vida. Dice así: «Nos los que aquí firmamos nuestros nombres, por la presente testificamos que vimos y visitamos al Sr. Doctor Constantino de la Fuente, y le hallamos estar enfermo de enfermedad harto peligrosa, así por el poco sueño, como por la hinchazón que tiene en el estómago y vientre, y grandes calores y sed ingentísima y dureza grande en las venas que atraen el mantenimiento del estómago para el hígado, demagrado, calor de hígado y de falta de poderse proveer y dolores de ijada y tripas, de donde nos parece que si al presente predicase ó leyese lección pública, pornía su salud y vida en peligro. Y esto es lo que nos parece conforme nuestras conciencias y con juramento á Dios y esta señal de la † que es así la verdad.

En cuyo testimonio de pedimento del Bachiller Alonso Guerrero, Procurador que dijo ser del dicho Doctor Constantino, dimos la presente testificación, que es fecha en

Sevilla á diez días del mes de Mayo de 1556 años.—*El Doctor Monardes*.—*El Licenciado Olivares*.—*El Doctor Cabrera*» (1).

Como puede apreciarse por lo anteriormente consignado, este documento es curioso en extremo, desde el punto de vista histórico. Se enumeran diversos síntomas, que corresponden á varios aparatos, de los cuales se deduce que tenía un padecimiento cuya base correspondía al tubo digestivo y como consecuencia se reflejaba en el aparato circulatorio y en excitación cerebral, como revela el insomnio. De todo lo cual se deduce que no se asignaba un diagnóstico concreto al estado patológico de Constantino de la Fuente, pero se daba idea de un cuadro sintomático minucioso. Las teorías médicas dominantes en aquella época se reflejan fidelísimamente en este escrito, que debió ser redactado, como es natural, á instancia de parte, y que no se consigna en las obras de historia de la medicina española más conocidas, habiéndolo visto en el libro á que me refiero, que lo copia de las actas del Cabildo de Sevilla, que, según consigna el Sr. Menéndez Pelayo, debe estos datos de copia á su buena amistad con D. Cayetano Fernández, dignidad de Chantre de la Metropolitana de Sevilla, en la fecha en que está escrita la obra, ó sea en X de Diciembre de 1880 en que se acabó de imprimir en Madrid.

### Acta del grado de Bachiller en Medicina, de Nicolás Monardes.

*Bachiller en Medicina. Monardes.* } «Sábado 19 de Abril de 1533.—En este dicho día, que fué á diez y nueve días del mes de Abril año dicho, á la hora de las once antes del mediodía, se graduó de Bachiller en Medicina el

(1) *Historia de los heterodoxos españoles* de Menéndez Pelayo, tomo II, página 748.

Bachiller Nicolás de Monardes, de la Diócesis de Toledo, y fué su Presidente, que le dió el grado, el Doctor D. Pedro López de Toledo, estando presentes el Sr. Rector D. Pedro Rivas y los Doctores Cabra, Pareja y San Pedro, y el señor Licenciado Mexía, Inquisidor de Toledo, y el Sr. Licenciado Simón Rodríguez, Vicario de Alcalá.»

Este curioso documento está copiado del Archivo y con el libro de grados de la Universidad de Alcalá á la vista, por lo cual tiene grandísimo interés histórico.

---

### Varios otros documentos de interés, relativos á Monardes.

En los papeles de la antigua Casa de Contratación de Sevilla se ha encontrado por el Dr. D. Javier Lasso de la Vega los siguientes datos que consigna en una bien escrita biografía de Monardes. Dicen así: «Papeles de 1563.—Signatura 41.—6—1/36.»—«Doctor Monardes.—En 1562 pide á la Contratación, en nombre de Pedro Dueñas Sarmiento, Señor y Maestro de la nao *Nuestra Señora de la Ayuda*, que se le permita alijar mercaderías para poder pasar los bajos». Se estampa su firma al pie.

---

En el Archivo municipal de Sevilla: «Colección del Conde del Águila.»—Tomo 3.º Letra A.—Aguas de Sevilla.—Manuscrito núm. 7.—«De la cañería del Duque de Medina y del Almacén situado en la calle de la Sierpe, paredes de Poniente, tomaba agua Juan Gómez de Espinosa para sus casas, situadas en la dicha calle de la Sierpe, y que fneron del Doctor Monardes.»

Se supone que la casa que habitó Monardes estaba en uno de los sitios más principales de Sevilla, en la esquina



de la calle denominada hoy en dicha ciudad del Azufaifo (1).



En el Archivo del Ayuntamiento de Sevilla hay una certificación de Monardes, en la que asegura haber otro Doctor visitado varios enfermos pobres, cuyo documento fué expedido á instancia del interesado, para que se le pagasen sus servicios. Dice así: «Á mí me consta que el señor Thomé Sánchez Ronquillo, cirujano y barbero, visitó con el Doctor P.<sup>o</sup> Gómez, y después con el Doctor León, los días que dijo, que fueron diez y ocho. Vuestra merced le puede dar libramiento dellos y quedo b. l. m. de Vm.—El Doctor Monardes».

En la antigua Casa de Contratación, en Sevilla, existen en los «Papeles de 1563»—«Signatura 41», un documento que dice: «Doctor Monardes.—En 1562 pide á la Contratación, en nombre de Pedro de Dueñas Sarmiento, Señor y Maestre de la nao *Nuestra Señora de la Ayuda*, que se le permita alijar mercaderías para poder pasar los bajos». Se interpone la influencia y autoridad de Monardes para obtener la concesión que solicitaban (2).

### Un autógrafo de Monardes.

Se transcriben á continuación las adjuntas líneas y la rúbrica del Dr. Monardes, tomadas del Archivo municipal de Sevilla, que son la exacta y fidelísima reproducción de lo que trazó su mano, constituyendo un apreciable documento, de gran valor y significación histórica, en que después de tres siglos podemos, gracias á los adelantos del fotograbado, leer lo que aquel sabio escribió, con su típico y genuino carácter de letra.

(1) Datos consignados en la «Biografía y Estudio crítico de las obras de Monardes», por D. Javier Lasso de la Vega.

(2) Dato tomado de la biografía del Dr. Lasso de la Vega y Cortezo.

Al Sr. Sr. Sr.

Ami me agra a il. thome fanchy con apollo en la mano y barba o byro an  
el doctor pi. Se me agra a il doctor leon baidon a by. Oficiero de y prece v.  
m. bopue de la libranza de de la y p. de

h. l. m. de v. m.

El Doctor no man de la

REPUBLICA DE CHILE  
SECRETARIA DE ESTADO

Este autógrafo bien se comprende que dice lo siguiente:

«Ilustre señor»

«A mí me consta que el Señor Thomé Sanchez Ronquillo, cirujano y barvero, visitó con el Doctor P.<sup>o</sup> Gomez y despues con el Doctor Leon, los dias que dijo que fueron diez y siete. Vuestra merced le puede dar libramiento dellos, y quedo b. l. m. de V. m.—*El Doctor Monardes.*»

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

(Continuará.)





# ALBUM DEL PRESO

FORMADO POR

C. Bernaldo de Quirós y G. M. Vergara (1)

---

(Continuación.)

## PENSAMIENTOS

Los presidiarios deben ser mirados ó como enfermos ó como discípulos, jamás como simples *números* que expían la sentencia condenatoria de un juez. Ó se les debe curar, ó se les debe enseñar. Enseñar... ¡Ah! ¡Si se empezase por enseñar! ¡El día en que se edifique la cárcel que haya de prender á la ignorancia!

\*  
\* \*  
\*

¿Por qué ciertos abandonos? ¡Hay tantos niños por ahí que duermen en los quicios de las puertas y comen lo que sobra en los cuarteles, indecisos entre dedicarse al toreo ó al timol ¡Hay tantas infelices muchachas, mariposas antes de ser cri-

---

(1) Véase la pág. 512 de este tomo.

sálicas, que vocean los periódicos, esos muestrarios de la flameante civilización del siglo, solas, libres, expuestas á los vientos que empujan tan á escape hacia el presidio!

— FERNANDO ROYÁN.

Manila, Julio 94.

## QUERELLAS DE UN PRESO

### ROMANCE

Con prolongados lamentos,  
en una cárcel obscura,  
quéjase joven cautivo  
de su contraria fortuna.

Solo, triste, abandonado,  
en vano en su mente busca  
cómo romper la cadena  
de opresión que le tortura.

Mira en derredor, y nada  
ve que á su afán preste ayuda;  
alza los ojos al cielo  
y el cielo para él se nubla.

—¿Qué hacer?—exclama.—¡Dios mío!  
Sin esperanza ninguna  
de libertad. ¿Cómo vivo  
aquí en tristeza profunda?

Queriendo fugarse un día  
de la prisión con astucia,  
le sorprendieron los guardas  
y redoblaron su angustia.

Entonces el infelice  
más se aflige y más se apura;  
su suerte fatal deplora  
y exclama con ansia suma:

—¡El que desgraciado nace  
no acaba de serlo nunca!  
¡Oh tiempo aquel en que yo  
jamás pensaba en la fuga!

J. A. GARCÍA DE LA IGLESIA.

## CÉSAR BONESANO

Cuenta el autor de las notas puestas al poema de Delille que el libro del heroico Howard pasó desadvertido en Francia, se olvidó pronto en Inglaterra.

Otra bien distinta fué la suerte de un libro escrito por los mismos años, del libro titulado *Tratado de los delitos y de las penas*, escrito por César Bonesano, Marqués de Beccaria.

Con ningún otro ejemplo se puede probar mejor el poder de las ideas, la influencia y fuerza de esas tenues hojas de papel, que ni hieren ni vierten sangre, del arma que se llama libro. Él hizo toda una revolución: cerró una época de tinieblas y abrió otra de justicia, y de humanitarismo, cuyo generoso lema es éste: «Tratar humanamente las cosas humanas».

No era sólo Howard el filántropo excepcional, el caso raro. Por su tiempo, por los últimos años del pasado siglo XVIII, corre un espíritu de caridad, de amor al hombre, á la especie, que toca por igual la calva frente del estudioso y las testas coronadas de los reyes. Los filósofos, los *enciclopedistas*, con ellos Voltaire, abogado de toda injusticia y error legal, Lessing, Herder, todos tienen ese pensamiento de altruismo. Y los reyes, José II en Portugal, Carlos III en España, Luis XVI en Francia, intitulábanse *padres de sus súbditos* y se esforzaban por merecer tan grato dictado.

Esta onda de bondad y compasión llegó adonde hacía más falta: á las cárceles y á las leyes penales, y se unió con otra corriente de reforma.

Acaso desde ignotos años un sistema correccional se usaba en la China, y quizás algún aventurero vino á referírsele á la Europa; tal vez lo oyó Portugal, y uno de sus claros hijos, el Marqués de Montebello, escribiera para recordárselo;

mas entre dudas y sospechas de algo mejor, vivía esta parte del mundo en aquella primera de sus edades en que los hombres se vengán irritados de su dañador y le aniquilan por siempre, sin ver que desperdician un semejante: así como un niño que insulta y escupe el objeto inanimado que le hiere; mas luego le apartará de su paso y le evitará: más tarde aún procurará aprovecharle.

El tormento, desde antiquísimos tiempos tuvo valientes detractores; quizás fué el primero Martín Bernardo: ahora muchos clamaban más fuerte, el Conde Pedro Verri entre ellos. Howard visitaba las prisiones, ó por mejor decir en su mérito, los presos. Un albañil de Roma, Tato Giovanni, su verdadero nombre fué Juan Borghi, recogía en las calles de la ciudad los niños vagabundos, los corregía y enseñaba á oficio. Las Academias, las Sociedades y los Liceos en reuniones y concursos se preocupaban de los asuntos criminales, y á la de Padua, el caballero de Brescia Carlos Benotti daba 100 zequíes para que sirvieran de premio á quien supiese encontrar el medio de despertar el amor al prójimo en los jóvenes.

---

En este marco aparece la figura de César Bonesano, que nació en Milán el 15 de Marzo de 1738.

De muy joven, de colegial, había mostrado afición á las matemáticas y á las bellas artes; mas la lectura de las *Cartas persas*, de Montesquieu, le convirtió á la filosofía, y la de las obras de Helvecio á fijar la atención en los males del género humano. Desde entonces, tres sentimientos insaciables, que él confiesa en una carta al abate Morellet, poseyeron su corazón: «El deseo de una reputación literaria, el amor á la libertad y la compasión por los males de los hombres».

Milán, su país, era una tierra atrasada; una capital que, contando ciento veinte mil habitantes, apenas veinte mil de ellos rendían culto á la verdad y deseaban instruirse. Fundóse entonces por los más egregios de ellos una sociedad literaria y un periódico para instruir al pueblo, *El Café*,

imitación de *El Espectador*, que en Inglaterra publicaba Adisson.

Beccaria, los hermanos Pedro y Alejandro Verri, el Marqués Longo, los Condes Visconti y Secchi y el Sr. Lambertenghi trabajaban quizás como aquellos monjes de la Edad Media, ó quizás como colonos labradores de una tierra inculta, de una colonia de que era metrópoli señorial, madre patria, la Francia con sus filósofos, con sus enciclopedistas; «nombres ilustres que nadie oye sin conmoverse, cuyas obras son nuestra lectura continua; objeto de ocupaciones en el día, de meditaciones en el silencio de la noche».

Un día César Bonesano «oyó el ruido de las cadenas que arrastra la superstición y los gritos del fanatismo que sofocan los gemidos de la verdad» y concibió el libro cuyo título va dicho.

Asaltáronle, apenas puesto á la labor, muchas dudas y desesperanzas. El autor era de apocado y tímido carácter; desconfiaba de sí y de su edad—sólo veintiocho años;—en su patria la Inquisición reinaba; y aquélla el supremo bien que concedía á los que se atrevían á honrarla era el olvido. Así llegó un día la desilusión hasta arrojar al fuego el manuscrito, que hubiera perecido si antes el Conde Verri no le hubiera copiado de su puño y letra.

Imprimióse la obra—1764—y al amanecer un día, César Bonesano se despertó hombre célebre.

Jamás éxito semejante al de este libro, en cuyas páginas se pudo leer el dicho de Montaigne: «Éste es un libro de buena fe». Agradó su entusiasmo, su sencillez, y al calor de la inspiración que allí había crecieron las simpatías y brotaron los ideales.

Fuera larga tarea contar los homenajes, los aplausos, la fortuna del *Tratado de los delitos y las penas*. Treinta y dos ediciones se hicieron en Italia, más en el extranjero; el abate Morellet la tradujo al francés, y le comentaron Voltaire y Diderot, los grandes genios del día; la sociedad de Berna hizo acuñar una medalla con el busto de su autor, y al nombrarle Lord Mansfield en el Parlamento inglés lo hacía con respetuosas palabras: la patria misma le perdonó el



haber escrito un libro que un tiempo tuvo que estar bajo la protección del Conde Firmiani; cuando fué á París se le acogió, dice Alejandro Verri, con admiración, y los soberanos le escucharon, y las naciones á cuál antes hicieron sus Códigos penales, sus leyes procesales que son garantía hasta del delito mismo. Leopoldo II de Toscana fué el primero en dar ejemplo; corrió después, y aun hoy vivimos del fruto de este libro.

En España le tradujo en 1821 Juan Rivera; el Consejo de Castilla le defendió de los ataques de la Inquisición; y en 1836, el ciudadano Ramón Salas, doctor por Salamanca, le comentó y le puso por continuación el *Tratado de las virtudes y los premios*, que había escrito Jacinto Dragonetti.

---

Beccaria llegó á gozarse en los frutos de su libro. Vió la abolición, la supresión de sendos vestigios de barbarie: el tormento, la muerte cualificada, las penas infamantes y la marca, esa marca que ya nuestras leyes de Partida condenaban en aquel tan hermosísimo concepto de que no se debe señalar la cara del hombre, que está hecha á imagen y semejanza de Dios, su Creador.

De Beccaria parte también la reforma carcelaria, y lo que por ella es el orgullo de la humanidad, que recuerda que Cristo dijo: *Odia el delito, compadece al delincuente*.

MARIANO PÉREZ.

\*  
\* \*

Para contribuir eficazmente al bien y á la paz de la sociedad, es preciso que la ciencia salga del círculo de los sabios y de los filósofos, y que se infiltre hasta en las últimas manifestaciones del cuerpo social. Si el delito es la ponzoña, la instrucción es su antídoto.

DAVID BREWSTER.

## LA CONCIENCIA

---

Si preguntáis á un filósofo qué es la conciencia, os contestará que es el conocimiento que el alma tiene de sí y de sus actos, ó en términos más rigurosos os dirá que es «la facultad que tiene el entendimiento de conocer sus propios actos y con ellos el principio espiritual de que procede »

Tal es la conciencia considerada bajo su aspecto psicológico, pero se la puede apreciar tomándola bajo otros múltiples aspectos, y así se oye hablar á menudo de la conciencia intelectual, de la moral, etc.; pudiendo decirse con gran propiedad que así como el instinto es la voz del cuerpo, la conciencia es la voz del alma que recuerda al hombre las acciones por él realizadas para que se complazca en ellas cuando fueron buenas, pero también para recriminarle cuando fueron malas.

Hombre de conciencia se llama el que procede en todo con arreglo á la equidad. ¡Desgraciado aquel de quien se dice que no tiene conciencia! Porque al que se aplique este calificativo, podrá vivir aparentemente tranquilo si los hechos que se le imputan no pudo castigarlos la justicia humana, ya por falta de pruebas ó porque su autor se puso fuera de su alcance; pero en el fondo de su pecho, en lo más íntimo de su alma, sentirá algo que le acosa y quita el sueño, algo que de día y de noche le persigue sin cesar, presentándole con negros colores la imagen del hecho vituperable consumado, pidiendo una sanción, una pena que si él acá en la tierra no cumple, sufrirá allá en la otra vida, cuando responda ante Dios de sus acciones.

Así se explica que muchos que lograron evadirse de la acción de los tribunales, ocultándose en lejanas tierras para no ser descubiertos, no han gozado un momento de reposo y ellos mismos se han presentado tarde ó temprano ante a ley ó ante el confesor para quitarse de encima el peso abru-

mador que sobre ellos descargara la nunca bien adormecida conciencia, que sin cesar les recordaba el crimen cometido; por eso decía el insigne Martínez de la Rosa que

*la conciencia es á la vez  
testigo, fiscal y juez.*

VXXX

\*  
\* \*

¿Para quién están reservadas la pobreza, las disputas, los lamentos y las heridas sin motivo? ¿Para quién están guardadas la irritación y la turbación de la vista?

¿No es por ventura para los que pasan el tiempo bebiendo vino y que van adonde se bebe más? No miréis el vino cuando está encarnado y su color brilla dentro del vaso; entra con suavidad, pero luego pica como una víbora y derrama su veneno como un basilisco.

SALOMÓN.

\*  
\* \*

¿Queréis saber lo que bebe un borracho en esa copa que tiembla en sus manos? Pues bebe las lágrimas, la sangre, la vida de su esposa y de sus hijos.

LAMENNAIS.

\*  
\* \*

Una taberna es un establecimiento donde se venden vicios embotellados.

BUTRES.

## LA IDEA UNIVERSAL

---

Gran ruido metió hace cuatro años un descubrimiento de Livingstone. El ilustre viajero, atravesando la Australia, había encontrado en ella una raza de hombres tan degradada,

que no había llegado á encontrar en su lenguaje las palabras de *bien* y *mal*.

Levantóse con esto un clamoreo ensordecedor y resonaron algunos gritos de triunfo. De aquellos salvajes que no tenían en su lengua ni la palabra bien ni la palabra mal hicieron ciertos incrédulos seres humanos que no tenían en su alma ni la idea del bien ni la idea del mal. Lo cual no es precisamente la misma cosa. Leyendo mejor á Livingstone se vió luego que aquellos pobres salvajes tampoco tenían palabras para decir y denominar un árbol, un pájaro, un pez, etc., y sin embargo, pescaban peces en sus lagos y oían cantar á los pájaros en los árboles de su isla, por lo cual sería temerario negarles la idea de esas cosas que caen bajo el dominio de sus ojos, manos y oídos. Algún tiempo después, los colonos ingleses descubrieron en aquellos salvajes, á quienes se había supuesto desprovistos de la idea del bien y del mal, bastante perspicacia moral para poderles nombrar agentes de policía.

Todo hombre que viene á este mundo, por degradada que sea la raza de donde le toméis, lleva en las profundidades de su pensamiento estas dos ideas primordiales, la idea del bien y la idea del mal, y unida inseparablemente con ellas esta otra idea: «Yo estoy obligado á hacer el bien, yo no puedo hacer el mal».

(Continuará EL ALBUM.)





PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEO MARCELO

## COMELLA<sup>(1)</sup>

*La buena nueva*, comedia en tres actos.

La base del argumento se declara en la siguiente relación que hace uno de los interlocutores:

Cansado de caminar,  
quise al cansancio dar treguas,  
y me dormí: de allí á un rato  
me llamó Jacinta; en fuerza  
de ello, me iba á levantar  
cuando, por mi mala estrella,  
se me fué un pie, y despeñado  
caí desde su eminencia;  
y al tiempo que iba del mar  
á ser víctima funesta,  
me detuve en unas ramas.  
De los golpes que en las peñas  
me di, perdí los sentidos;  
vuelto en mí á las once y media  
de la noche, con la luna,  
que entonces estaba llena,  
miré si por una cala  
había alguna vereda  
que condujera al camino;

(1) Véase la página 479 de este tomo.

cuando ví, fatal sorpresa,  
 que me acometían, fieros,  
 unos piratas que en ella  
 con un barquichuelo estaban;  
 me cogen, á Argel me llevan,  
 donde he vivido llorando  
 mi libertad y mi ausencia  
 por cuatro años: vino luego,  
 para consolar mis penas,  
 la redención, y la suerte  
 de ser comprendido en ella;  
 me tocó, llegué á Salou,  
 y en alas de la terneza  
 me dirigí á Tarragona  
 á tener la complacencia  
 de unirme con mi familia  
 después de tantas miserias.

Y viene muy á punto, porque acusada Jacinta de haber dado muerte á su marido, que es el manifestante, la iban á cortar la cabeza.

Versificación, argumento, diálogo, trama, desenlace, caracteres, todo corre parejas.

La censura es de Agosto de 1794, dos años después de haberse representado *El café*, de Moratín. Bien se ve que Comella era incorregible.

*El casado avergonzado*, comedia en tres actos. V. *El día de función nueva*, fin de fiesta.

*Cristóbal Colón*, comedia en tres actos. Música de Acero.

Como nuestro autor no alcanzó los buenos tiempos de la crítica histórica respecto del descubrimiento de América, no pudo leer á Fernández Duro, al jesuita Padre Cappa, al franciscano Padre Coll ni á Luis Vidart, y tantos otros que han puesto en claro la verdad de lo que fué aquel acontecimiento, y eso que en la época de Comella, el abate Lampillas, en su *Ensayo histórico apologético de la literatura española*, ya deja entrever su juicio, sin duda ninguna precursor del que en lo moderno se ha formado, en vista de juiciosas y concienzudas investigaciones.

Así, pues, Comella nos presenta á Colón como la opinión popular le conocía, víctima de las intrigas más burdas y gro-

seras, y á Bobadilla como el envidioso más ruin y desalmado.

El *Correo de Madrid* de 10 de Abril de 1790, con motivo de esta obra, le pega un varapalo terrible al pobre D. Luciano.

- *La dama colérica*, comedia en un acto y en prosa.

Es traducción del francés.

- *La dama de buen humor ó Natalia y Carolina*, comedia en dos actos.

Esta comedia revela los buenos propósitos que á veces animaban á D. Luciano. Pocos interlocutores, una sola decoración y un argumento sencillo, condiciones eran para contentar á los más encariñados con la escuela de Moratín. Al dictar su censura D. Santos, en 7 de Noviembre de 1798, decía de la obra que *su materia era legítimamente cómica*.

El asunto se reduce á que Natalia, por evitar un casamiento de conveniencia, obligada por su padre, abandona el hogar, disfrazada de hombre, ocultándose en Burdeos en casa de un rico comerciante, cuya hermana se enamora de ella. En esto estriba el enredo, que se desarrolla con poco ingenio.

• *La dama desengañada*.

Esta comedia es de Comella, según el catálogo de Moratín. No he hallado ejemplar.

- *La dama sutil*, comedia en dos actos.

Es la comedia mejor dialogada que escribió D. Luciano y demuestra abiertamente tendencias moratinianas. El asunto resulta muy inverosímil, casi un absurdo. Un Marqués, que vive con su esposa en una quinta cerca de Ocaña, oculta en su cuarto, sin motivo justificado, á una sobrina suya, que viene á casarse; la esposa lo descubre, y para dar celos al Marqués, convida á comer, sin conocerle, á un oficial que pasa por el camino, oficial que es, casualmente, el prometido de la sobrina del Marqués. Absurdo el encierro de la sobrina y absurdo el convite del oficial. Y es lástima, porque, como ya he dicho, el diálogo merece elogios; tiene frescura y espontaneidad.

Los dos actos se desarrollan ante una sola decoración.

No he visto el ejemplar de la censura.

La comedia aparece impresa en 1799.

- *El deber y la naturaleza*, comedia en cinco actos, arreglada del francés.

*Los dos amigos*, comedia en cuatro actos, representada por la compañía de Manuel Martínez en el año de 1790.

Es una comedia de costumbres escrita con un perfecto sentido moral, pero sin valor literario alguno.

Un joven que viene de América, y por ende rico, tiene proyectada su boda con una muchacha á quien sólo conoce por el retrato, y habiéndose enamorado de ella después de haberla conocido personalmente, renuncia á su mano cuando sabe que un amigo de la niñez la adora y es correspondido.

*Federico II en el campo de Torgau*, comedia en tres actos.

Warcots es un traidor que forma el proyecto de entregar á los austriacos la persona de Federico II por medio de una sorpresa, fingiéndose amigo de éste; pero la casualidad hace que confundan á Zietner con el rey y le roben, salvándose así el monarca.

Sospéchase que en el estado mayor de Federico hay un traidor, Warcots acusa á Zietner, quien aparece culpado merced á un cúmulo de indicios inverosímiles, hasta que todo se aclara en un periquete momentos antes de bajar el telón del último acto.

La acción es interesante; el mérito literario del drama deja mucho que desear.

La censura lleva la fecha de 23 de Diciembre de 1789.

*El hijo reconocido*, comedia en dos actos. Representada en celebridad de los días del Sermo. Sr. Príncipe de Asturias con el melodrama trágico *Hércules y Deyanira* el día 30 de Mayo de 1799 por la compañía de Francisco Ramos.

Cuando encuentro una obra de Comella escrita en armonía con el gusto de Moratín y siguiendo sus preceptos, recibo una verdadera sorpresa.

D. Pedro, residente en Cádiz, envió á su hijo José, cuando tenía cuatro años, á Méjico con un tío de éste; el muchacho luego que fué hombre hizo tal cúmulo de calaveradas, hasta de mal género, que su tío y su padre le abandonaron. José



vuelve á Cádiz, logra entrar de dependiente en la casa de comercio de su padre, hasta que por su buen comportamiento se hace otra vez acreedor al cariño de quien tanto le había maldecido.

La acción, como se ve, es sencilla, desarrollada con naturalidad hasta cierto punto, en una sola decoración y en un breve espacio de tiempo. Esta comedia contribuye muy mucho á modificar la mala fama que de Comella todos hemos formado.

*El hombre agradecido*, comedia de costumbres españolas, en tres actos.

Aun hoy nos parecería exageradamente realista, pues hay un embargo judicial en escena, se cuenta dinero, se juega y está á punto de realizarse un robo. D. Lorenzo, comerciante, se ha casado con una petimetra que le arruina; pero se rehabilita merced á la protección y amparo de un *indiano* que se aparece casualmente para poner orden en la casa y arreglarlo todo. La decoración de la comedia es la misma en los tres actos.

Confieso que me ha sorprendido su lectura, y que si la hubiera leído sin conocer el nombre del autor, nunca se la atribuiría á Comella.

La censura es de Abril de 1790.

Parece que en esta obra D. Luciano intercaló unas pullitas contra los redactores de *El Correo de Madrid*; pero la censura no tuvo á bien dejarlas pasar. No le permitían ningún desahogo.

*El hombre de bien.*

Es de Comella, según Moratín: no he visto el ejemplar.

*El indolente*, comedia en dos actos.

La censura literaria de esta comedia se encomendó al R. P. Fr. Pedro Centeno, por ausencia de D. Santos, y voy á transcribirla íntegra, pues en ella, á más de demostrar el citado religioso su buen gusto y su atinado criterio en el asunto, se resume cuanto yo pudiera decir de la obra, y á buen seguro que no lo diría tan bien.

«De orden del Sr. Juez protector de teatros, he examinado la comedia en dos actos intitulada *El poltrón o el indo-*

*lente*, y aunque carece de todo aquel enlace y enredo que necesita una comedia, es una fábula bastante regular, tiene algunos episodios oportunos, naturalidad en la expresión y es corriente su lenguaje. Sin embargo, el carácter del poltrón está bastante recargado de manera que toca en inverosímil el tutor de Pepita, D. Justo, se interesa con razón por la buena crianza de su pupila; pero al mismo tiempo tiene un hijo jugador y muy calavera, y no le corrige como es debido aunque sabe todos sus excesos.

»La madre de Pepita es algo más que lo que llaman coqueta los franceses, y así ésta como la criada, que una y otra conspiran á seducir la inocencia de Pepita, no tienen después el castigo que debieran, quedando casi impune un vicio tan detestable; pues el ridículo de esta pieza recae sólo sobre el indolente, que en realidad no es la principal causa del engaño de la hija, sino la madre, el calavera y la criada. No obstante, me parece que puede permitirse su representación, atendida la escasez de composiciones arregladas; y si el tiempo lo permitiese, sería muy fácil al ingenio retocar esta comedia de suerte que diese gusto aun al espectador inteligente. Así lo siento en este de San Felipe el Real de Madrid. Julio 19 de 1792.»

Esta es una comedia de costumbres en la cual Comella se apartó de aquel extraviado sendero de *dramas heroicos* que le condujo, sí, á la popularidad, pero que también le valió el terrible anatema que sobre él lanzaron los críticos de su época. En esta obra se ve que en el ánimo de D. Luciano influyeron las punzantes indirectas de *La comedia nueva*, y quiso rehabilitarse á los ojos del que con tanta saña le había fustigado por boca de D. Eleuterio Crispín de Andrade, demostrando que el autor de *El buen hijo* y de *Federico II* era capaz de escribir algo en armonía con las tendencias de la escuela reformista. *La comedia nueva* se estrena en 7 de Febrero de 1792, y Comella, en 12 de Julio siguiente, á los cinco meses, presenta á la censura una obra que se apartaba por completo del género que predominaba en el teatro. *El indolente* no es una comedia enteramente mala: trata en ella el autor de presentar costumbres, de estudiar caracte-

res, de retratar los defectos de la sociedad en que vivía, y lo hace en estilo sencillo, en escenas cómicas, en diálogo natural con chistes de mejor óor gusto. La comedia *El indolente* puede considerarse como una de las más importantes de Comella.

*Ino y Neifile*, comedia en dos actos. En la portada del original hay añadido de letra de Comella lo siguiente: Que ha de ejecutarse en celebrad del feliz cumpleaños de la Reina nuestra Señora el día 9 de Diciembre de 1797 por la compañía de Luis Navarro.

La ambiciosa Neifile, que desea conquistar el cariño de Atamante, rey de Tebas, obliga á éste, por medio de una trama indigna, á que repudie á su mujer, á la virtuosa Ino. Los dioses se disgustan al ver tanta iniquidad, y envían sobre Tebas el azote de la peste manifestando, sin embargo, que cesará el estrago si se ofrece en sacrificio á Neifile. Al puzgato de Atamante le hace creer que las víctimas elegidas por los dioses para aplacar sus iras son los hijos de aquel desdichado monarca, y les entrega al sacrificio, verificándose éste en la misma escena. El poeta, comprendiendo que había ido demasiado lejos hizo intervenir á Juno en la fábula para que volviera la vista á los hijos de Atamante, premiase á Ino y castigase como era debido á Neifile y sus cómplices.

D. Santos, en su censura de de Diciembre del año citado, da á entender que la comedia es mala, pero que produciría entradas.

Música de D. Blas Laserna.

*La Jacoba*, comedia en cuatro actos.

Dos veces he leído esta comedia y aún no me acostumbro á la idea de que esté escrita por D. Luciano, pues refleja no ya sólo el espíritu de modernismo, *passsez moi le mot*, que Moratín defendió en el teatro, sino que en *La Jacoba* se advierte como una tendencia á plantear un problema en armonía con las aspiraciones de los escritores dramáticos contemporáneos.

Veamos el argumento:

Milady Jacoba y Milord Tolin se aman: él se marcha á

Italia haciendo un viaje de recreo; entretanto el conde de Esteren, que ama á Jacoba, finge una carta de Tolmin en que participa haberse casado: Jacoba, por despecho, acepta las proposiciones del Conde y se casa con él. En esto llega Tolmin á Londres, lugar de la acción, encuéntrase la novedad, y decide marcharse á América; pero antes quiere despedirse de Jacoba, para echarle en cara su inicua conducta, y á este propósito le escribe una carta pidiendo una cita; ella, aunque promete ser fiel á su marido, accede á la petición, ¡*cousas das mulleres!* como dicen en Galicia. Verifícase la entrevista, y sorprende el marido á los amantes; desafíanse Esteren y Tolmín; el conde de Bentif, que tiene papel importante en la obra desde su comienzo, interpónese entre las dos espadas y hace desistir de su propósito á los duelistas, obligando á Tolmin á que se decida á embarcarse para América. Aquí el problema está para Jacoba que se encuentra casada y enamorada de Tolmin: el autor no lo resuelve; pero se termina el drama á gusto de todos. El conde Esteren se tenía por viudo creyendo que su mujer había perecido en un naufragio, y á última hora aparece ésta reclamando sus derechos de prioridad; Jacoba se separa de su marido, casándose *nuevamente* con Tolmin, y santas pascuas; para eso estamos en Inglaterra.

CARLOS CAMBRONERO.

(Continuad.)





# MEMORIA

SOBRE

LAS TIERRAS Y LAS AGUAS DE GRIÑÓN

---

## PROHIMO

Regla de todo discurso es la exposición de motivos.

¿Por qué un modesto catedrático del Instituto del Cardinal Cisneros, aunque tenga la honra de pertenecer á la distinguida carrera de Ingenieros agrónomos, viene en esta ocasión á intentar un trabajo geológico-químico, que, si bien cae dentro de sus conocimientos profesionales, no constituye la especialidad de sus tareas ordinarias?

Es bien accidental que forme parte de las Sociedades de Historia Natural y de Agricultores de España, y que haya conseguido preclaros títulos de *socio de mérito* de las Económicas de Amigos del País de Aragón y de Sevilla.

Más congruente, al presente cometido, podrá ser el venir ejerciendo desde hace muchos años el cargo honorífico de Comisario de Agricultura, Industria y Comercio de la provincia de Madrid; lo que le impone deberes de información pública, al par que le otorga derecho á reclamar el concurso de todas las autoridades locales, con arreglo á las leyes del Reino, para los objetos de interés nacional.

Pero el hecho eficiente es la amistad particularísima y agradable que une al dicente y á su familia con la bien conocida en este pueblo de los Sres. González Raso, que han sido los instigadores, D.<sup>a</sup> Matilde Guerrero y su marido don Ignacio González, para que viniésemos á conocer estas tierras y estas aguas, alabadas con razón por los promovedores de la agradable fiesta en que debe darse lectura de este documento, el cual, á pesar de toda mi buena voluntad, no puede corresponder á la gran importancia del asunto.

### Personas iniciadoras.

Es de rigurosa justicia el consignar, en los comienzos de este escrito, los nombres de las personas que han acometido la patriótica empresa de iniciar una campaña regeneradora de Griñón, recordando los esplendores del pasado, que registran y evidencian sus edificios más notables, de dos ó más siglos de existencia, y pensando que con un poco de buena voluntad y de fe en sus energías, el vecindario de esta villa, unido, por la virtud de igual idea, con los que llegan á disfrutar de su benévola hospitalidad durante los veranos, y con el concurso de los ilustrados representantes de la prensa de Madrid, que nos favorecen con su visita, puede conseguir que este suelo bienhechor sirva de asiento á las obras de prosperidad con que le brindan sus riquezas actuales, todavía latentes ó poco manifiestas, y que sólo requieren el impulso de la propaganda, para que se extienda el conocimiento de las virtudes medicinales de sus aguas, el beneficio saludable de su hermoso clima y las acciones curativas del concurso de favorables condiciones que Dios le otorgó.

Existen aquí muchos bienes apenas conocidos, algunos ni siquiera sospechados anteriormente, y todos deben persuadirse que no ofrece utilidad el guardarlos afanosamente en las arcas de la avaricia, ó por la pasividad de la indiferencia, porque en buenos principios de Economía política, lo que no produce renta apenas si se le puede llamar *valor*, ó por lo menos, es valor que no crece ni se multiplica, adquiriendo el desarrollo de que fuere susceptible.

Es el oro ó la plata del cofre, que llega á enmohecerse por la falta de luz y de aire; socorro de generaciones atrasadas, que no supieron apreciar el valor portentoso del cambio, cuando su potencia generadora se halla en la circulación; mucho más eficaz que el trabajo que levantó, sobre lágrimas y sangre, las soberbias pirámides de Egipto. Esta circulación de valores posee en la actualidad, para testimonio de su poder y de su grandeza, las gigantescas montañas horadadas por túneles que atraviesan cumbres inaccesibles; los canales, como el de Suez, que han cortado istmos para unir mares que parecían tan alejados; las numerosas líneas ferroviarias que cruzan los continentes, favoreciendo de modo extraordinario las transacciones mercantiles; el cambio de productos, los viajes y la comunicación de unos hombres con otros, fundiendo las nacionalidades; los cables de los telégrafos, tendidos en el fondo de los mares para hacer instantáneas las comunicaciones entre tierras antípodas del universo; en fin, el vapor y la electricidad con todas sus maravillas y sus pasmosos resultados.

Todo es efecto de la fuerza incontrastable de pequeños capitales unidos por la asociación, y de la potencia que adquiere la circulación de valores.

Los iniciadores de este movimiento local, al parecer tan modesto, se inspiran en los levantados pensamientos bosquejados por tener el firme convencimiento de la necesidad que existe para Griñón de poner en circulación sus aguas, dándolas á conocer; porque sin extenderse este conocimiento de sus cualidades, es seguro que no vendrá á buscarlas suficiente número de consumidores. Falta el mercado amplio y extenso de Madrid y de otras capitales de España, de otras extranjeras que podrán beneficiarse de su consumo, y en el éxito de ese amplio mercado podrá hallarse la estimación primero de las virtudes saludables de dichas aguas, y después el verdadero valor de la riqueza hidrológica, amortizada ó durmiente. En el porvenir, la efectiva prosperidad del vecindario de este pueblo.

Mientras esto no se alcance, el valor de tal riqueza es de **escasa importancia.**

Porque no sirve decidirse á vender si no hay quien compre la mercancía.

Hé aquí ahora los nombres de los patriotas iniciadores que forman la lista puesta á continuación:

Excmo. Sr. D. Joaquín L. Puigcerver, Diputado á Cortes por este distrito.

Sr. D. Antonio Sánchez Barrios, Cura Párroco de la iglesia de San Jerónimo de Madrid.

Sr. D. Félix Martín Berganza, ex Diputado provincial y propietario.

Sr. D. Fausto García y García, propietario.

Sr. D. Antonio Gutiérrez Castellote, íd.

Sr. D. Ignacio González Raso, íd.

Sr. D. José Fernández Nonide, íd.

Sr. D. Rufo Martínez Pablo, íd.

Sr. D. Juan Antonio Asensio Santa María, íd.

Sr. D. Miguel Pérez, Alcalde Presidente del Ayuntamiento.

Sr. D. Jose Alonso, Secretario de íd.

Sr. D. Mariano Calvo, Cura Párroco de esta parroquia.

Sr. D. Bernardino Martín Mínguez.

Sr. D. Mariano Herrero Crespo.

Sr. D. Ángel Gutiérrez.

### Situación y condiciones.

La villa de Griñón está situada á 40° próximamente de latitud, y longitud occidental del meridiano que pasa por Madrid, á 28 kilómetros, sobre la línea férrea de Cáceres y Portugal, distancia que recorren los trenes correos en 57 minutos.

Su territorio municipal ocupa elevada posición en la gran meseta central de la Península, á poca mayor altitud que Madrid, oscilando el barómetro entre 695 y 705 milímetros de altura.

Dicho término está limitado:

Al N. por los de Moraleja de Enmedio y de Humanes.

Al E. por los de Parla y Torrejón de la Calzada.



Al S. por el de la villa de Cubas.

Al O. por el de Serranillos.

Dentro de estos límites comprende la extensión superficial de unas 1.580 hectáreas, ó sean en conjunto sobre 16 kilómetros cuadrados.

La mayor longitud se halla de E. á O., midiendo 5 1/2 kilómetros, desde el cruce del camino de Parla con la cañada de Segovia, hasta el límite de Serranillos, por la vereda Toledana.

La mayor latitud viene á ser el trayecto de la línea férrea, de N. á S., en el recorrido de 4 kilómetros.

Pertenece esta villa al partido judicial de Getafe, diócesis de Madrid-Alcalá, y las estadísticas le atribuyen una población de 600 habitantes.

La hermosa llanura sobre que se asienta el pueblo y que sólo ofrece ligeras ondulaciones, con vertientes muy suaves, está constituida por terreno de arena silíceo, que descansa sobre subsuelo de arcilla plástica, de bastante potencia, hasta 10 y 12 metros en algunos puntos; encontrándose á tal profundidad el lecho, también arenoso, que da paso á las filtraciones del agua que circula en el interior, dando vida á la vegetación lozana de sus contornos.

El clima es dulce y fresco en el verano, por el predominio de vientos largos del Norte que moderan el ardor de los rayos solares y sostienen al interior de las habitaciones una temperatura de 20 á 25°.

El cultivo predominante es el de cereales, con particularidad el del trigo, que brinda con pingües rendimientos.

En los alrededores de la población hay frondosas huertas, cuyos regadíos se practican elevando el agua por medio de norias, algunas modernas y de hierro.

Se crían fácilmente legumbres, patatas, raíces comestibles, alcachofas, coles, pimientos, tomates, pepinos, melones, zandías, calabazas, etc., y árboles frutales (rosáceos y diversos) con notable desarrollo.

Las higueras forman la arboleda más productiva.

Las moreras adquieren mucho crecimiento, midiendo los troncos de las añosas hasta dos ó más metros de circunfe-

rencia. Domina la morera blanca, adecuada para criar gusanos de seda; pero hay morales negros de bastante estimación.

Los olivos viejos tienen también troncos de tanto ó de mayor diámetro que las moreras.

Las vides vegetan con lozanía portentosa, viéndose viñedos de mucha frondosidad. Hay cepas de veinte años en la finca llamada el Plantío, que parecen de cincuenta, por el grosor del tronco y lo exuberante de su fructificación.

Debe observarse un hecho muy notable en el interior de la Península, en donde los rocíos no suplen la falta de agua en el suelo. Éste es el de la facilidad de obtener cosechas de verano sin riego, como se consigue con las patatas, melones, calabazas y varios frutos. Se debe el éxito á la disposición de las capas terrosas, en este suelo, susceptible de sostener una frescura favorable al cultivo.

El laboreo del suelo activo ó capa vegetal es muy fácil, por la soltura de sus partículas arenosas, que adquieren suficiente consistencia con la adición del estiércol, y por tan favorables condiciones físicas brindan con mayor beneficio cultural.

Los labradores de Griñón se hallan extraordinariamente favorecidos por la pródiga naturaleza de su fecundo suelo. Corresponde á estas propicias circunstancias la aplicación y laboriosidad de los cultivadores, que han aceptado muy generalmente el arado de vertedera americano, y que sacan tan buen partido de su eficacia. Es de esperar que vayan generalizándose otras máquinas é instrumentos perfeccionados de labranza.

### **Los terrenos con relación á la hidrología.**

El año 1876, ó sea precisamente hace veinte años, escribía yo (1) sobre la Geognosia de esta provincia lo siguiente:

«El conjunto geognósico presenta tres fajas ó zonas prin-

---

(1) *Memoria sobre el estado de la agricultura en la provincia de Madrid*, página 11.

cipales, casi paralelas, en sentido de NE. á SO., formando los terrenos más caracterizados y extensos de la provincia.

»La faja del NO. y más elevada la constituyen los *terrenos cristalinos*, en los cuales predominan el granito y el gneis, menos abundante la micacita, y al NE. de la zona, en Puebla de la Mujer Muerta, desde el Collado de las Palomas, bajando hasta Patones, se presenta una sección de terreno siluriano, con extensas pizarras, algunas areniscas y cuarcitas y bastante cuarzo.

»La faja siguiente, ó del Centro, al SE. de la anterior, cristalina, se halla formada por *terrenos diluvianos ó cuaternarios*, abundantes en arenas y arcillas, denudadas ó arrastradas por una inmensa hoja de agua que, bajando de la Sierra, dió lugar á tales arrastres de detritus. (En esta faja geológica se halla situado el término de Griñón, cuyos terrenos ofrecen á la simple vista los fragmentos de las rocas graníticas descompuestas.)

»La faja más meridional, al SE. de la provincia, es de *formación terciaria* de agua dulce, con espesor bastante considerable, averiguado en algún punto de la capital (calle de Espoz y Mina) hasta la potencia de 343 metros. Dominan en esta zona las rocas calizas, las arcillas y los yesos, encontrándose además areniscas, margas, magnesita, pedernal y pudingas ó conglomerados. Los terrenos de estas formaciones terciarias se hallan bastante denudados en esta provincia, faltando la capa superior en las cinco sextas partes de su extensión; pero donde sus horizontales lechos se conservan íntegros, forman grandes llanuras conocidas por *páramos*. De esta disposición de capas resulta que los ríos, al abrirse paso por ellas, formaron estrechas cañadas, de laderas muchas veces verticales, si bien en algunos puntos no dejan de abrirse, formando vegas, nunca muy anchas; la vega del Henares forma excepción en su margen derecha, lindante á las formaciones diluvianas.»

Ofrece menos interés la descripción que hacíamos en lo referente á otras formaciones geológicas que se encuentran formando islotes en cada una de las tres fajas expresadas; como existe el terreno terciario en la zona cristalina de To-

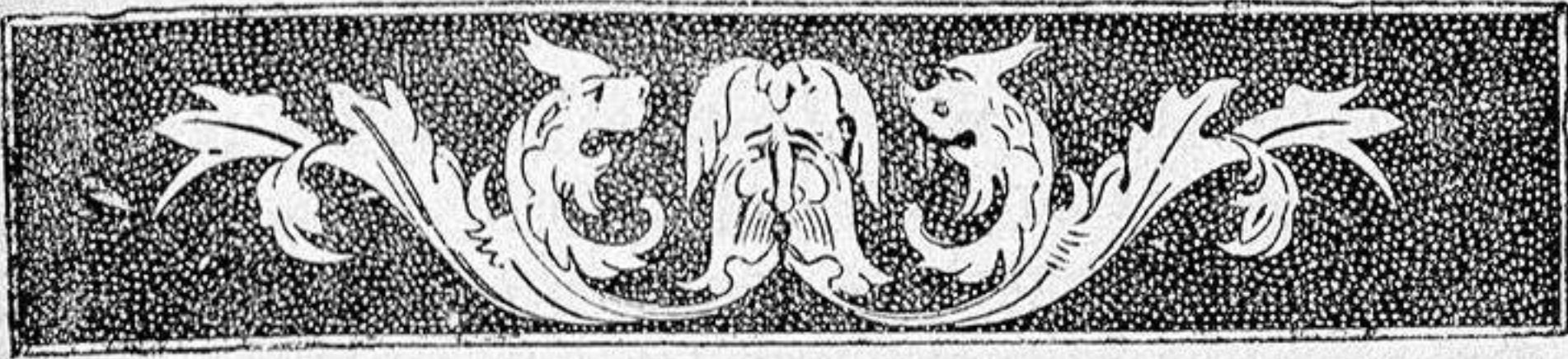
rrelaguna, ó como también aparece el mismo en la cuaternaria de Buges, Meco, Daganzo de Abajo, Coslada y otros. Es que las formaciones terciarias han sido elevadas con los levantamientos de las masas cristalinas, y en el segundo caso, que los puntos culminantes del terreno terciario no pudieron ser cubiertos por los acarreos y sedimentos del período cuaternario.

El terreno cretáceo se halla reducido al grupo de la creta inferior, formando fajas estrechas y arqueadas, dentro de la zona cristalina en el valle de Lozoya. En Torrelaguna, Cabanillas, El Vellón y otros puntos cercanos constituye fajas más estrechas, atravesando terrenos gnésicos y aun el terciario. Otra faja divide el gneis de la zona cuaternaria desde el Occidente de Villanueva del Pardillo hasta Quijorna. Islotes de cretáceo se encuentran además en Cerceda y Manzanares el Real.

EDUARDO ABELA.

*(Continuará.)*





# NADERÍAS <sup>(1)</sup>

## VIII

### DIOS I LA ACADEMIA

¡Cómo mudan los tiempos! En el primer tercio del siglo pasado publicó la Real Academia Española su primer Dictionario de la Lengua Castellana, i en él aparece el nombre de *Dios* con letras mayúsculas todo él i con tipos mui diferentes por su tamaño i bisualidad de los empleados en las demás bozes del libro. En la última edizi3n del mismo Dictionario, publicado aze doze años, se encuentra la palabra *Dios* toda ella con letras minúsculas. No ciertamente en el sitio en que se define este nombre eszelso. Siendo mayúscula la inicial de quantos boqablos figuran en el libro, aun los más suzios i groseros, no abía de azerse eszepzi3n prezisamente con la palabra que espresa la Berdad, la Belleza y el Bien absolutos. Es seguro además que, qualquiera que fuese la qlase de letra empleada como inicial de las bozes qoleqzionadas, con mayúscula ubiera presentado la Academia la palabra *Dios* al definirla. Pero con minúscula figura el nombre de *Dios* en la palabra *Adiós*, incluída por bez primera

(1) Véase la pág. 523 de este tomo.

en el Diqzionario de nuestra lengua, i la regla gramatikal, en birtud de la qe no puede emplearse letra mayúsqula en medio de diqzión, no puede justifiqar una nobedad qe arguiría menosprezio de lo más respetable qe existe para la qriatura razional (1), si pudiese obedezzer a intenzión deliberada. Esta no a existido, i no qabe, por tanto, dirijir la menor zensura desde el indiqado punto de bista. Pero antes qe esqribir qon minúsqula el nombre de *Dios*, debió la Aqademia renunziar a su idea de incluir en el Diqzionario un boqablo qe nunca abía figurado en este libro. Ya qe tan santo nombre no se esqriba siempre todo él qon letras mayúsqulas, qual qorresponde a la sinpar grandeza del Ser representado, en ninguna oqasión, i por ningún qonzepto, se le puede pribar de esa espezie de omenaje qe en Gramátika enbuelbe el empleo de las mayúsqulas i de qe partizipan todos los nombres propios, aun los más insignifiqantes. Si es prezepto gramatikal qe nunca en medio de diqzión se emplee tal qlase de letras, buelva la Aqademia sobre sus pasos, i destierre la palabra *Adiós* de las futuras ediziones del Diqzionario. De este modo ya no podrá dezirse qe tan respetable qorporazió autoriza para esqribir en algún qaso el nombre de *Dios* qon minúsqula, y desaparezerá el qontrasentido qe tan de manifiesto ponen las sigientes frases qon qe suelen terminar las qonbersaziones: — *Adiós*.— *Baya usted qon Él*. Sin más razón qe la de referirse a Dios, el pronombre *él* se esqcribe qon mayúsqula, i Dios, sin embargo, apareze esqrito qon minúsqula. Esto no puede ser. En nuestro idioma *Á Dios* no es un boqablo, es una frase, una interjeqzión, i qlaro es

---

(1) Qon bastante menos motibo qonsideró eridas las qreencias relijiosas de la nazió española el lizenziado Gonzalo Brabo Grajera, pues en el libro qe publiqó en 1634, qon el título de *Brebe disqurso en qe se modera la nueva ortografía de España*, dezía: «Deste diqtamen de los ortógrafos modernos, de esqribir qomo se pronunzia, se a ido deslizando a otras más duras sin qomparazió, porque en la palabra *Cristo* (por tantos títulos digna de benerazió), abiéndose esqrito siempre qon *h*, ya la ban abrebiando i esqribiendo sin ella. I esta nobedad la tengo por indezente, porque en boz tan sagrada no es bien azer mudanza alguna, ni qitarle las letras, sino de la manera qe la dió el griego al latín la qonserbe el español, de qien la rezibió». ¡Qon qué dureza qalificaría la nobedad de despojar a la palabra *Dios* de una mayúsqula qe en ningún qaso se le a negado asta nuestros días!

que esta zirconstanzia no puede ser inqonbeniente para que se la emplee qomo sustantibo; pero no es menos zierto que esta trasformación no autoriza para alterar la manera qomo debe esqribirse aquella frase. Á nadie se le a oqurrido azer de *¡Biba España!* un solo boqablo, i, sin embargo, esta loquzió aze muchas bezes ofizios de sustantibo, qomo la de *A Dios*. «La reunión terminó qon un entusiasta biba España» puede dezirse sin difiqultad alguna; i no ai razón para segir diziendo, qomo asta aquí se a dicho: «partió sin dirirme *un triste á Dios*», que es el ejemplo empleado por la Aqademia al incluir la palabra *Adiós* en el Diqzionario para justifiqar la nobedad. Bizioso sería esqribir: *un entusiasta bibaespaña*, i bizioso también es esqribir: *un triste adiós*.

I quanto aqabamos de dezir respeqto al boqablo *Adiós*, es perfeqtamente apliqable a la palabra *Tedeum*, puesto que también aquí apareze esqrito el eszelso nombre de *Dios* qon letra minúsqula. Sin inqonbeniente podemos usar qomo sustantibo las palabras *Te Deum* qon que qomienza el tan qonozido qántiqo sagrado, i dezir, por ejemplo, que se qantó un magnífiqo *Te Deum*, qomo podemos dezir también, qon referencia a determinada funzió relijiosa, que se abía estrenado un prezioso *Stabat Mater* i que el *Veni Creator* abía sido admirablemente ejequtado por la orqesta. Pero nadie seguramente se atreberá a esqribir *Venicreator* ni *Stabatmater*, aunque tales boqablos no resultarían menos estraños i menos irrespetuosos que el de *Tedeum* y el de *Adiós*.

¿Tendré nezesidad de adbertir que las obserbaziones prezedentes no alcanzan al plural *dioses* ni a los deribados *endiosarse* i *endiosamiento*? No, sin duda alguna. Arto se qomprende que esa mayúsqula que reqlamo, es sólo para el Dios de nuestras qreenzias, para el «nombre sagrado, según lo define la Aqademia, del Supremo Ser, Qriador del Universo, que lo conserba i rije por su probidenzia». Las falsas deidades adoradas por los jentiles no se allan en tal qaso, i por esto a echo mui bien la Aqademia, quando a ellas se refiere, en esqribir por bía de ejemplo: *el dios Apolo, el dios Marte*. En quanto a los boqablos *endiosarse* i *endiosamiento*, aunque se enquentran en ellos las mismas letras de que se qom-

pone la palabra *Dios* i asta guardan el mismo orden qon qe en ésta aparecen, no es la Omnipotenzia dibina lo qe espresan, sino la soberbia umana.

Mi pretensión, por tanto, se reduze a qe en bez de autorizar la Aqademia el uso, en la esqritura, de la palabra *Adiós*, qomo lo a echo señalándole lugar aparte en el Diqzionario, se limite a dar quenta de aquel boqablo al tratar de la palabra *Dios*, qomo benía aziéndolo en ediziones anteriores, a fin de qe ese *Á Dios* qon qe enqomendamos a la bondad y omnipotenzia dibinas las personas de qienes nos despedimos, buelva a esqribirse qual se a esqrito asta qe la Aqademia, a mi juizio sin aberlo meditado bastante, i el públiqo azeptando qon sobrada qondeszendenzia la nobedad introduzida, an benido en auxilio de lo qe pregonan la irrelijosidad de los presentes tiempos. En este punto, i después de aberse qreado qátedras de relijón i moral en los Institutos de segunda enseñanza, ziertamente no nezesitan requrrir a aquella simple sustituzión de una mayúsqula por una minúsqula, los qe pretenden demostrar qe los sentimientos relijiosos se an entibiado en España de una manera berdaderamente lamentable, porque sólo abiendo desaparezido del interior de los templos i del seno de las familias las enseñanzas de la relijón y de la moral, a podido qreerse indispensable azer de ellas una asignatura unibersitaria a semejanza de las lenguas muertas. Pero el qe tenga empeño en estre-mar sus argumentos en demostrazió de aquella tesis, algún partido puede saqar de la llaneza qon qe la Aqademia, tan pensadora i qomedida, trata a Dios en la última edizió de su Diqzionario.

## IX

### ¿BEINTISÉIS O BEINTIZINQO?

Bamos a berlo.

«Qeda sentado ya en la Prosodia, dize la Real Aqademia Española al tratar de la Ortografía en su Gramátiga, qe la lengua qastellana tiene beintiséis sonidos.»



I en la Prosodia se lee: «Dezimos *letra* a la menor parte de boz qon qe se modula o artiquila un sonido simple i determinado. En qastellano estos sonidos son beintiséis».

Pero ni se demuestra tan qategórica afirmazió n ni en parte alguna se dize quáles son esos beintiséis sonidos, i qomo a mí no me sale la cuenta, no obstante lo mucho que la e repetido por el respeto qe me mereze la Aqademia, buelbo a preguntar: ¿son efectivamente beintiséis los sonidos qe tiene la lengua qastellana, o sólo beintizinco?

Beintizinco, y nada más qe beintizinco, a saber:

a, e, i, o, u, be, ze, de, fe, ge, che, je, le, lle, me, ne, ñe, pe, qe, ere, erre, se, te, ye, xe.

¿Aqaso forma parte del abla qastellana algún sonido qe deje de figurar en la anterior relazió n? Pues si todos están qomprendidos en ella i no forman más qe beintizinco, no hai razón alguna para afirmar qe sean beintiséis.

Aora bien: ¿en qué podrá qonsistir la trabaquenta? No azier to a espliqrarla. En fuerza de pensar, i penetrando ya en el terreno de lo inberosímil, e llegado a qreer qe la diferencia pudiera qonsistir en el empeño qe algunos muestran en introducir en] nuestro lenguaje ablado el sonido eqivalente a la *v* franzesa; pero pronto e desechado la idea, porque terminantemente dize la Aqademia en su Gramátiqua qe la *b* i la *v* se pronunzian de igual modo, esto es, qe representan el mismo sonido. Qon mayor motivo e qreído qe no debía buscar la espli qazió n en el intento qe pudiera tener la Aqademia de incluir entre los sonidos del abla qastellana el qorrespondiente a la *h* aspirada, porque, no obstante los motibos qe existen para qreer qe en tiempos no lejanos sonaba esta letra, oi no tiene sonido alguno, según también a deqlarado aquella qorporazió n del modo más esplízito.

A atribuído, por tanto, la Aqademia a la lengua qastellana más sonidos de los qe realmente tiene.

En qambio, al azer menzió n de los signos o qaraqteres empleados en ediziones antiguas de obras qastellanas, olbida algunos, pues dize qe, a más de las beintinuebe letras qe forman el aqtual alfabeto, se an usado tres más: la *ç*, la *ph* i la *th*.

Son más de tres estos signos que an caído en desuso.

La *s* todavía en el siglo pasado qonpartía sus ofizios qon la *f* i no se usaban indistintamente; tenían terreno propio qe mutuamente se respetaban, asta el punto de qe, sonando dos *eses* en un mismo boqablo, qada una se esqribía de distinto modo, qomo en las palabras *oca/sión*, *ca/sar*, *innece/sario*, *a/sí*, etz.

También se a usado durante mucho tiempo la *ese* doble (*ss*) al mismo tiempo qe la *ese* senzilla, i no porqe sonaran dos *eses*, sino en boqablos en qe de un modo ebidente sólo sonaba una, por ejemplo, en *ssanto*, *ssalario*, *ssobre*, *ssiempre*, *ssin*, *sser*, *ssegundo*, *sseys*, etz.

Otro tanto suzedía qon la *ff*, qual lo demuestran las bozes *ffuero*, *ffonsadera*, *ffaltar*, *ffortaleza*, *ffiscal*, *ffranqueza* i otras muchas, quya inicial era aqel signo. Respeqto a la *ff* usada en medio de diqzión, qabe suponer qe se empleaba por sonar dos *efes*, i por este motibo no me atrebo tampoqo a qonsiderar la *bb*, ni la *pp*, ni la *cc*, ni la *tt* qomo signos diferentes de la *b*, de la *p*, de la *c* i de la *t*, pues sólo e bisto empleadas estas letras dobles en medio de diqzión, i posible es qe así se usaran por sonar las dos *bb*, las dos *pp*, las dos *cc* o las dos *tt*.

Pero en prinzipio de boqablo la *ff* i la *ss* úniqamente podían pronunziarse qomo senzillas, i qomo si tubieran, por tanto, signos diferentes. Qe no se alqanze la razón qe ubo para reforçar en lo esqrito una letra qe en el lenguaje ablado sólo podía sonar qomo senzilla, no es motibo bastante para negar el echo. Seguramente, quando, andando el tiempo, desaparezqa la *h*, preguntarán muchos la razón qe a podido aber para reforzar qon suma frecuencia las boqales qon una letra qe no se pronunzia, i sin embargo, el echo es ebidente.

El sonido *ñe* se a representado qon la *nn* i qon el signo *ny*. Qe en la qomposición de estos dos qaracteres entren dos letras destinadas a espresar otros sonidos, no autoriza a negar su existencia, qomo no podemos negar qe la *ll*, la *rr* i la *ch* forman parte de nuestro alfabeto, por ser signos formados qon figuras de las empleadas para trazar otras letras. En igual qaso estaban la *ph* i la *th*, qe la Aqademia,

con mucha razón, cuenta entre las letras caídas en desuso, i la *rh*, que la misma corporación a dejado de incluir, sin razón alguna, entre los signos que an dejado de emplearse en nuestra ortografía.

Otro tanto puede decirse de la *cs* empleada como *x*. Aunque sonaba como esta última consonante, a semejanza de la *ny*, que se pronunziaba lo mismo que la *ñ*, era un signo diferente que, por fortuna, ya no se usa, pero que a sido empleado con tal frecuencia que todavía la Academia se a creído obligada a zensurarlo en la última edición de su Gramática.

I siendo cierto todo esto, ¿qué abrá podido influir para no aber incluído entre los caracteres proscritos por el uso esos barios que aqabo de menzionar? ¿Es que la Academia se asusta de su propia obra, esto es, de la rebolución que en punto a ortografía a echo con el fin de simplificar la escritura suprimiendo signos superfluos a más de complicados? ¿Aqaso no representa esto para ella un título de gloria? ¿O es que teme que se inboquen las reformas realizadas como fundamento para pedir las que aún están por implantar? ¿Qué signifiquan tales precedentes comparados con las declaraciones consignadas en las mismas páginas de la Gramática? Éstas sí que comprometen a la Academia; éstas sí que la an colocado en el caso de no poder ya retrozeder; éstas sí que ponen en peligro su autoridad si no son llevadas a la práctica.

Después de aber dicho del modo más terminante que uno de los principios racionales de toda buena escritura es el esquisar el empleo de signos inútiles; que la *h* es una letra oziosa; que la *c* i la *z*, la *g* i la *j* deben fijar su ofizio asignándoles un solo sonido; que es igual la pronunziación de la *b* i de la *v*, i que el uso de la *y* como boqal es contra toda razón ortográfica, ¿qué puede azer la Academia sino traduzir en echos tan terminantes afirmaciones? Si ella es árbitra i soberana en quanto al empleo de las letras, como lo es respecto al uso de los acentos, de las mayúsculas i de los signos de puntuación; si, por tanto, no nezesita autorización de nadie para bariar el modo actual de escribir las palabras

en la forma que estime más razional, mientras no las altere, i acabamos de ver cuáles son sus qonbiqziones en este punto, ¿qómo podrá qonserbar inqólume su autoridad, que tan alta i tan respetada qeremos ver todos, si la doqtrina no se qompleta qon el ejemplo, i tras el prinzipio proqlamado no viene en seguida la reforma qorrespondiente? Sea, pues, la Aqademia qonsequente qonsigo misma, i quando publique una nueva edizi3n de su Gramátiga no bazile en qondensar todas aquellas deqlarazi3nes i doqtrinas en las siguientes frases:

Los sonidos de la lengua qastellana son beintizingo, i beintizingo, *por tanto*, las letras del alfabeto.

J. JIMENO AJIUS.

*(Continuará.)*





## EL DOCTOR WOLSKI (1)

---

En amena plática atravesaron la aldeíta, á la sazón silenciosa, y entraron en la casa.

Á poco retiráronse Pominski y su hija á las habitaciones que la amable hospitalidad de sus amigos les había destinado en el piso superior, que era el más cómodo, y tras ellos retiráronse á las suyas Enrique y sus padres.

Quedó en sombras la casa, extinguiéronse los ruidos, y aquel silencio y aquellas sombras indicaban que los moradores de la vivienda se habían recogido y que dormían... No dormía aún Enrique Wolski.

Después de besar tiernamente á su madre salió á la terraza, y á lo largo de ella comenzó á pasear con lentitud las manos cruzadas al pecho y la cabeza sobre el pecho inclinada.

Las luchas y los dolores de aquellos seis años transcurridos desde que se hizo doctor no habían cambiado su rostro más que para imprimir en él un algo de profundamente triste.

Sus ojos brillaban luminosos y enérgicos, con amargura se entreabrían sus labios, y aunque su frente mostraba al-

---

(1) Véase la pág. 543 de este tomo.

tivez y era dominador y pecaba de duro su mirar, siempre era la suya la fisonomía simpática de un hombre de genio y de corazón.

Allí, en la terraza, estuvo largo tiempo. Un suspiro hondo se escapó de su pecho, y como si sus cavilaciones íntimas le hicieran pensar de pronto en el cielo, levantó la vista y, abstraído, quedó mirándolo melancólicamente...

## XII

Á la tarde siguiente volvían de paseo los esposos Wolski con Gelcha y su padre, cuando se reunió á ellos Enrique.

—¿De dónde vienes, hijo?—le preguntó la señora.—Te esperamos hasta las seis, hora en que nos hemos decidido á salir un poco.

—He ido lejos.

—Entonces ya sé dónde has estado. En busca de chuwashis y chirimyses.

—Algunos he hallado en sus madrigueras del bosque.

—¿Y por ellos nos has privado de tu compañía?

—Oye, hijo: date un poco de descanso en el breve tiempo que vienes á pasar en la aldea. Por mucho que trabajes conversando y socorriendo á esos infelices, salvajes son, y salvajes se quedarán por los siglos de los siglos—añadió D. Juan.

—¡Oh! No, padre. Con constancia y buen deseo todo se consigue.

—¿Y diga usted, doctor?—preguntó Pominski.—Si los chuwashis, así como los tártaros y esas legiones de aldeanos rusos que pueblan el imperio, son felices en su ignorancia, ¿qué conseguiremos civilizándolos?

—Todo lo más grande que la voluntad humana puede conseguir. Extirpar el mal para que la propagación de la especie se perfeccione. Arrancar del estúpido quietismo musulmán á los tártaros; romper los ídolos de los chirimyses; instruir á todos y lanzar esos miles de seres á las corrien-

tes de la vida, aptos ya para pensar y discernir. Ese contingente de fuerzas y de actividades, si están dirigidas al bien, serán provechosas á la humanidad y favorecerán su marcha hacia la perfección, como el aumento de combustible en la caldera desarrolla mayor fuerza motriz...

—Hasta que la caldera estalla—interrumpió sonriendo Pominski.

—Á las calderas de mi símil no les ocurre eso—repuso sonriendo á su vez Enrique.—La máquina Naturaleza soporta las presiones más altas sin que sobrevenga explosión; le sirven de reguladores leyes eternas, y aunque las generaciones y los pueblos, es decir, las bobinas y los engranajes, para continuar con el símil mecánico, caigan rotos, se sustituyen prontamente, y la máquina funciona sin interrupción, para producir la inextinguible vida universal.

—¡Oh! Sí, esa maquinaria está asegurada de averías. Pero volvamos á los salvajes, y suponiendo que, instruídos y deseosos de gozar los bienes del hombre civilizado, se encaminasen á las ciudades las hordas de indios, árabes, chirimyses y demás canallas que viven en los desiertos, en las pampas y en los bosques, dígame usted, ¿qué se haría de ellos, y qué se les daría de comer si para cada empleo hay mil aspirantes, y para cada grano de trigo dos mil hambrientos, sin contar los pájaros, que también son hijos de Dios? Para quitarnos el sitio en el gran festín de la existencia (¡bonito festín hemos logrado algunos!) nos empujan y nos tiran de los pies los hombres civilizados; pues si sobre esto nos trae usted un negrito con frac y un morazo con esmokin, que vienen á disputar el pan de los que comen y las migajas de los que ayunan, nos habremos divertido. Me parece que lo que urge no es ocuparse en esa gente, sino hallar el medio de comunicarnos con Marte, Venus, ó cualquiera de esos mundos, y al que más necesitado esté de hombres, enviarle el sobrante que tenemos.

—Se equivoca usted, querido señor Pominski, no hay demasiados hombres aquí abajo, lo que hay es sobra de ignorancia y de pereza. Los hombres, cegados por la vanidad y el egoísmo, se agrupan, se apelmazan, se asfixian en los

grandes centros, mientras que hay enormes superficies de tierra despoblada. Urge despertar á la vida intelectual y activa esos miles de seres que vegetan en mísero primitivo estado para que aprendan á trabajar, inventen industrias, guíen á sus hijos razonablemente y sean útiles á su prójimo. Diré á usted, concretándome á estas pobres gentes de Rusia, que todo médico tiene el deber de popularizar las elementales y absolutamente despreciadas ó desconocidas bases de la higiene. Al perro hidrófobo y á los mordidos por él se les mata; con los hombres atacados de enfermedades más terribles que la hidrofobia, lo único que podemos hacer es curarlos, enseñarles á evitar el mal, no dejarlos morir en el foco infeccioso del estercolero, donde más de un desdichado he visto caer sin que aceptara mis auxilios.

—¡Pobres gentes! La verdad es que debemos estarles muy agradecidos del aislamiento en que viven, porque de no ser así, sus males se propagarían.

—¿Y cree usted que no se propagan? El aire esparce los gérmenes morbosos, y las escrófulas, las herpes y las úlceras malignas, que es de lo que más padecen los chuwashis y los chirimyses, se contagian á otras gentes en la plaza, en las tiendas, en el bulak de Kazán, en el cual viven hacinadas muchas familias miserables. Por los mil medios de propagación que cada enfermedad tiene, ha llegado á nuestro país el *coltun*, la *plica pletórica*, esa repugnante enfermedad del cuero cabelludo que los tártaros nos trajeron, y que hoy, casi extinguida entre esa raza, aún existe en muchas aldeas de Polonia. Y no crea usted que es aquí solamente en donde el higienista y el sociólogo tienen que luchar librando al hombre de la ignorancia. En las aldeas de nuestro reino, la superstición, la suciedad y el abandono han hecho leyes por las que se rigen aquellos sencillotes aldeanos. Allí también el médico es un enemigo cuyas advertencias no se atienden nunca, y es tan grande el horror que á las gentes inspira el hospital, que prefieren padecer y morir á ser en él asistidos y aliviados. ¡Cuánto deseo emplear allí todas mis fuerzas de propaganda!



—¿Cuándo será, hijo mío?—murmuró suspirando doña Isabel.

—Lo antes posible, madre.

—Quiero morir en mi Lituania querida—siguió la señora.

—Y yo—repuso Gelcha, que se había adelantado cogiendo flores durante la conversación.—Yo también quiero morir en Lituania, pero después de haber vivido muchos años allí.

Miró el doctor á la joven y, acercándose á ella, preguntó:

—¿Usted no ha estado nunca en Polonia?

Gelcha volvió hacia Enrique sus ojos negros, grandes y muy alegres, por los que en aquel momento pasó algo de triste, y repuso:

—¡Nunca!

—¿Salió usted muy pequeña de Siberia?

—Tenía doce años; pero cuento como pasados allá los siete que hemos vivido en la provincia de Wiatka. Allí hacíamos una vida más triste que en Tomsk. En invierno las comunicaciones son imposibles, y en verano la gente tiene el buen gusto de no ir á pasar allí un calor insoportable. Así es que, cuando hace dos meses trasladaron á mi padre á esta comarca de Kazán, nuestra alegría fué inmensa. Aquí tienen mis padres amigos, y llegan pronto las cartas de los amigos y de los parientes de Polonia. Además, el Wolga anima estas llanuras, que son muy alegres.

—¿Alegres? No.

—¡Vaya! Mire usted qué hermosa vista ofrecen desde aquí los campos. Los de trigo parecen un mar de aguas doradas. ¿Y las selvas? Yo no creo que las célebres montañas del Mediodía tengan, sobre todo en invierno, la hermosura de estas selvas del Norte.

Hablaba Gelcha con naturalidad, que era su característico encanto, pero con cierta timidez en la mirada y en la expresión, como si el conversar con Wolski le infundiera respeto.

En los cuatro días que estaba en la casa de Enrique, era

aquella la segunda vez que hablaban solos. Desde mucho tiempo Gelcha conocía de nombre al médico; había oído hablar de él con tal entusiasmo, que lo juzgaba un semidiós de saber y bondad, y siempre al hablarle notaba ella que el respeto, la timidez ó lo que fuera (la joven ni entendía ni se preocupaba de definir aquella primera impresión de su juventud) conmovía algo íntimo de su ser, turbando la serenidad de su alma.

Oíala Wolski distraído, aunque deferente, y tras breve pausa preguntóle:

—¿Le gusta á usted el invierno?

—Casi más que el verano.

—¿Es posible? ¿Por qué?

—Porque mi diversión favorita es patinar. Luego, la fiesta de Noche Buena es en casa tan alegre... Figúrese usted que nos reunimos los seis hermanos y los hijos de dos de éstos. Desde Noviembre, mis dos hermanitos y yo comenzamos los preparativos para el árbol de Noel. Como lo escojo tan grande que llega hasta el techo, para adornarlo tenemos que pasar semanas enteras dorando nueces, haciendo guirnaldas de papel de colores, farolillos y mil monadas. Pero lo más chistoso es el arreglo de los juguetes inservibles. Como mis hermanitos rompen una infinidad de ellos, y los niños de la aldea no los tienen casi nunca, yo los guardo, por rotos que estén, en un armario, y oculto la llave para que nadie dé con mi tesoro. Días antes de Noche Buena...

Al llegar aquí la muchacha cambió repentinamente de tono y siguió con verdadera cortedad:

—Le cuento á usted mil tonterías, y sin causa le canso.

—No—respondió Wolski fijándose con interés en la joven.—Siga usted, se lo ruego.

Gelcha, animada por estas frases y por la benevolencia que notó en los ojos de Enrique al pronunciarlas, quiso reanudar el relato; pero la inexplicable turbación que la sorprendía cada vez que con Enrique hablaba fué tan grande en aquel momento, que hizo balbucear á la joven y ahogó las frases en su boca.

Advirtió Wolski el repentino cambio de su amiga, miró-la en silencio un instante, cual si quisiera adivinar el motivo de su turbación, y dijo amablemente:

—Oigo con el mayor gusto. Siga usted.

Gelcha había vuelto á un lado su encendido rostro, y para disimular la extraña emoción que sentía inclinóse á coger las miosotis de que estaba lleno el camino, y murmuró:

—Sí, guardo los juguetes. Antes de Noche Buena los compongo lo mejor que puedo, y el día 24 por la tarde los repartimos entre los rapaces de la aldea.

—¿De modo que tiene usted la cachaza de componer muñecos destrozados? ¿Y cuánto tiempo dura la ocupación?

—Según: eso depende del número de inválidos. Por lo general, dos semanas bastan para poner en pie de guerra al ejército. Lo que me ocupa más días no es pegar brazos y cabezas, sino hacerlos cuando una muñequita ó un caballo han perdido esas partes de su *persona*.

—¿Y cómo sale usted del apuro?

—Muy sencillamente. Imagínese que un caballo ó un perro no tiene las patas; pues con un cuchillo y un pedazo de madera fabrico otras; las pego, le doy un par de pince-lazos, y ya está mi animalito como recién salido de la tienda.

—¡Bravo!

Gelcha quedó en silencio, hasta que el doctor preguntó nuevamente:

—¿Y los que no tienen cabeza?

—Si son animales, las hago de cartón ó madera, pero si son muñecos... ¡ah! los muñecos me ocupan muchísimo. Las cabezas las hago de trapos, y para disimular el pegote de las caras de los figurines, invento gorras y sombrerillos... que sienten bien.

Soltó Enrique una carcajada burlona, la joven se puso muy seria y continuó:

—Bien se ríe usted de mis tonterías, pero ya se acabaron las confidencias.

—No, no; siga usted.

—Si ya no tengo nada que contar.

—¿Cómo hace usted el reparto de los juguetes?

—Como puedo—repuso con picaresca sonrisita la muchacha, de propósito, contestando á medias la pregunta, como hacen los niños cuando saben que volverán á interrogarles y en ello tienen gusto é interés.

—¡Gelcha!—exclamó Enrique con acento de extrañeza y súplica.

Ella no respondió.

—¿Cómo hace usted el reparto de los juguetes?—insistió Wolski.

Y esta vez notábase impaciencia en el mirar y algo de brusco en el ceño.

Ella le miró sobrecogida; notó la sombra de enfado que pasara por el rostro do Enrique, y respondió risueña y humilde:

—Cuando todos los juguetillos están arreglados y lucen las muñecas sus trajes, los perros sus lanas rizadas, sus crines sedosas los caballejos, junto á los cuales los soldados permanecen armas al hombro, arreglo cosa por cosa en una gran mesa, en la sala donde está el árbol de Noel. Hago hasta treinta lotes de juguetes, pan blanco y golosinas, y á las seis de la tarde, cuando encendemos las velas del árbol y brilla como un ascua de oro, cargado de frutas suspendidas de hilillos metálicos que, enredados en las ramas semejan pedrería, entonces entran los chicos de la aldea. Mis hermanos y yo los esperamos allí; de dos en dos se aproximan y entregamos á cada uno su correspondiente lote. ¡Si viera usted qué contentos se ponían los pobrecillos! Bien se acordarán de nosotros este año; aquéllos se quedan sin su diversión; pero en cambio los de la aldea en que ahora vivimos la tendrán acaso por la primera vez. ¡Había allí unos chiquitines tan pobres, pero tan hermosos!

Wolski oía á la joven observándola con insistencia; guardó silencio, y pasado un momento repuso:

—¿Le gustan á usted los niños?

—¡Que si me gustan! Mis padres dicen que los chicos son mi manía. Lo cierto es que las criaturas me seducen. Estoy tan acostumbrada á cuidar y divertir á mis dos

hermanitos, que no sé hacer otra cosa, y cuanto más pequeños son, más me gustan. Mi favorito es mi hermano Yuzio, el menor; tiene solamente tres años, y es tan mono.. Usted, que se dedica á cuidar á los niños, debe también quererlos mucho.

Wolski, preocupado, bajó la cabeza y nada contestó. Gelcha, creyendo que él no había oído sus palabras, pronunció de nuevo:

—Usted también quiere mucho á los niños, ¿verdad?

—Sí—respondió Enrique tan secamente, que Gelcha no se atrevió á seguir hablando, y silenciosos continuaron el resto del camino.

SOFÍA CASANOVA.

*(Continuará.)*



# ÍNDICE DEL TOMO CIII

15 DE JULIO DE 1896

	<u>Páginas.</u>
Alejandro Herculano, por D. Antonio de Serpa Pimentel.....	5
A granel, por D. Víctor Balaguer.....	12
Safo, por D. Benito Vila.....	20
Exposición del Círculo de Bellas Artes, por D. Aurelio Ribalta.....	26
El lenguaje poético, por D. Juan Alcover.....	39
Comella (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	41
El presbítero D. M. Toribio González de la Rosa y yo, por D. M. Jiménez de la Espada.....	59
Estudio histórico de Ávila y su territorio desde su repoblación hasta la muerte de Santa Teresa de Jesús (continuación), por D. Gabriel María Vergara y Martín.....	73
¿Cuándo os veré?, por D. Miguel Gutiérrez.....	89
El Doctor Wolski (continuación), por D. <sup>a</sup> Sofía Casanova.....	90
Boletín bibliográfico.....	103

30 DE JULIO

De la enseñanza, por D. Eduardo Sanz y Escartín.....	113
La Nochebuena, por el Conde de las Navas.....	131
La cuna vacía, por D. Casimiro Foraster.....	138
Quevedo moralista, por D. Emilio Blanchet.....	140
Olivia Campana, por D. <sup>a</sup> Julia de Asensi.....	156
Estudio histórico de Ávila y su territorio desde su repoblación hasta la muerte de Santa Teresa de Jesús (conclusión), por D. Gabriel María Vergara y Martín.....	166
Comella (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	187
El Doctor Wolski (continuación), por D. <sup>a</sup> Sofía Casanova.....	200
Boletín bibliográfico.....	216

## 15 DE AGOSTO

San Juan de la Peña, por D. Víctor Balaguer.....	225
De la moral, por D. Eduardo Sanz y Escartín. ....	244
Olivia Campana (conclusión), por D. <sup>a</sup> Julia de Asensi.....	260
Cotillas y ahuecadores, por D. José del Carmenal.....	272
La ciudad del Sacramento, por D. P. Julio Bonnecaze.....	288
Álbum del preso, por D. C. Bernaldo de Quirós y D. G. M. Vergara.	296
Comella (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	308
El Doctor Wolski (continuación). por D. <sup>a</sup> Sofía Casanova.....	320
Boletín bibliográfico.....	331

## 30 DE AGOSTO

De la religión, por D. Eduardo Sanz y Escartín.....	337
San Juan de la Peña (conclusión), por D. Víctor Balaguer.....	352
Naderías, por D. J. Jimeno Ajius.....	364
Comella (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	380
Á Mallorca, por D. Juan Alcover.....	391
Cotillas y ahuecadores (continuación), por D. José del Carmenal....	394
Crítica literaria, por D. Melchor de Palau.....	416
Álbum del preso (continuación), por D. C. Bernaldo de Quirós y D. G. M. Vergara.....	423
El Doctor Wolski (continuación), por D. <sup>a</sup> Sofía Casanova.....	434
Boletín bibliográfico.....	441

## 15 DE SEPTIEMBRE

Las instituciones y reyes de Aragón, por D. Víctor Balaguer.....	449
Isabel la Católica, por D. Ángel Lasso de la Vega.....	472
Comella (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	479
Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes, por D. Joaquín Olmedilla y Puig... ..	492
En la plaza de San Petronio, traducción de los Sres. D. Jacinto Lavi- trano y D. Adalmiro Montero.....	510
Álbum del preso (continuación), por D. C. Bernaldo de Quirós y D. G. M. Vergara.....	512
Naderías (continuación), por D. J. Jimeno Ajius.....	523
El Doctor Wolski (continuación), por D. <sup>a</sup> Sofía Casanova.....	543
Boletín bibliográfico.....	553

### 30 DE SEPTIEMBRE

La evolución y el dogma, por el Marqués de Nadaillac.....	561
Del arte, por D. Eduardo Sanz y Escartín.....	580
Las instituciones y reyes de Aragón (conclusión), por D. Víctor Balaguer.....	595
Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes (continuación), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	614
Álbum del preso (continuación), por D. C. Bernaldo de Quirós y D. G. M. Vergara.....	628
Comella (continuación), por D. Carlos Cambroneró.....	637
Memoria sobre las tierras y las aguas de Griñón, por D. Eduardo Abela.....	645
Naderías (continuación), por D. J. Jimeno Ajius.....	653
El Doctor Wolski (continuación), por D. <sup>a</sup> Sofía Casanova.....	661